
MANUAL DE ENSEÑANZA Y EDUCACION

PARA USO DE LOS

Maestros de las Escuelas Elementales á cargo de la Junta de Educacion de la ciudad de New-York.

(CONTINUACION)

PLAN DE ENSEÑANZA

PRESCRITO PARA LAS ESCUELAS ELEMENTALES CON ADVERTENCIAS Y SUGESTIONES Á LOS MAESTROS.

Lecciones de objetos.—Las instrucciones dadas acerca de esta materia y los asuntos y métodos establecidos para el Sexto Grado, tienen también aplicacion en éste.

Es conveniente además dividir las lecciones sobre cada tópicó —forma color, etc.—en *tres ó cuatro* porciones iguales, llenando cada una el tiempo consagrado al particular; un mes.

Por este medio, cada parte mensual del grado tendrá la proporción debida de lecciones nuevas, dejando suficiente lugar para los repasos. Así por ejemplo:

Forma.—En el *primer mes*, puede emplearse el tiempo en un esmerado repaso de las instrucciones del grado anterior, añadiendo las *líneas espiral, ondulante, vertical, horizontal, oblicua.*

En el *segundo mes* agréguese la esfera, hemisferia y semicírculo. Durante el *tercero*, el cilindro y el triángulo. Y en el *cuarto*, los ángulos *agudos, obtusos y rectos.*

Al emplear *otras lecciones nuevas* sobre forma, el maestro procederá como en el grado sexto. En los repasos, los discípulos deben señalar las formas, reproducirlas en papel ú otro material adecuado, *dibujarlas* y por último *describirlas*, citando al fin objetos de forma parecidos.

Color.—Se dirijen las lecciones de colores en este grado á que los discípulos agrupen, señalen y digan los aprendidos en el anterior grado y conozcan los nombres de otros comunes; como rojo, escarlata, azul celeste, violeta, castaño, gris, citando por último, objetos que tengan esos colores mismos.

Una parte principal de las lecciones debe consistir en la agrupación de *colores semejantes* y *separación* de los *diferentes*.

Objetos familiares.—Ejercicios análogos á los del sexto grado, aumentando el número de objetos empleados para las lecciones. Es conveniente hacer notar á los discípulos la acción de sus *propios sentidos*, en orden á la distinción de los objetos, dándoles á entender de qué manera conocen la forma, color, sabor y otras cualidades y lo que perciben por medio de un sentido dado. Por ejemplo: los colores y la forma se saben por la vista; por el gusto advertimos lo dulce, lo agrio, lo salado, lo amargo: y por el tacto lo caliente, lo frío, lo duro, lo blando.

Pueden acostumbrarse fácilmente los discípulos á hacerse cargo de estos hechos, invitándoles á decir como saben que una cosa es dulce, agria, salada: dura, blanda: caliente, fría, etc.

Y si son bien dirigidos estos ejercicios, ayudarán á comprender el sentido de las palabras en la lectura.

Procúrese, siempre que sea posible, arreglar los trabajos de cada asunto, de tal manera, que los discípulos *tengan algo que hacer con sus propias manos*: porque, más aprisa aprenden los niños, *haciendo que repitiendo* simplemente lo que se les ha dicho.

NUMERO.

Contar y sumar.—Ambas cosas deben continuarse como en el grado anterior, hasta incluir *cuatros* y *cinco*s. *Procurad con el mayor empeño que los discípulos cuenten las bolas sin exponerles á la mera repetición de palabras de memoria*. Comiéncese á contar por *uno* siguiendo después por *tres* y sucesivamente por *dos* y por *tres*. Practíquense iguales ejercicios de contar y sumar con *cuatros* y *cinco*s. Cuando los discípulos hayan alcanzado la suficiente fami-

liaridad, hágaseles sumar el *dos* y el *tres*, el *tres* y el *cuatro* alternativamente, debiendo decirse solo la suma, callando y los números que se agregan. Por ejemplo

(2 y 3 alternativamente) 3 5 8 10 13 15 18 20 23 25 28 etc.

(3 y 4) 4 7 11 14 18 21 25 28 32 etc.

Después de contar y sumar en el tablero contador, escríbanse los mismos números en su orden en la pizarra y enséñese á los discípulos á sumar los *signos*, es decir, las figuras. Después deben copiarse en las pizarras estos mismos números para sumarlos.

La suma de cifras ó figuras—en el encerado y los pizarrines 2 3 4 5 hasta 30—puede presentarse en la siguiente forma, durante las *primeras lecciones*.

| | |
|--|---|
| 2 2 2 2 2 2 2 0 1 2 3 4 5 6 <hr/> 2 3 4 5 6 7 8 | 2 2 2 2 2 2 2 2 7 8 9 10 11 12 13 14 etc. <hr/> 9 10 11 12 13 14 15 16 |
| 3 3 3 3 3 3 3 0 1 2 3 4 5 6 <hr/> 3 4 5 6 7 8 9 | 3 3 3 3 3 3 3 3 7 8 9 10 11 12 13 14 <hr/> 10 11 12 13 14 15 16 17 |
| 4 4 4 4 4 4 4 0 1 2 3 4 5 6 <hr/> 4 5 6 7 8 9 | 4 4 4 4 4 4 4 4 7 8 9 10 11 12 13 14 etc. <hr/> 10 11 12 13 14 15 16 17 |
| 5 5 5 5 5 5 5 0 1 2 3 4 5 6 <hr/> 6 7 8 9 10 11 12 | 5 5 5 5 5 5 5 5 7 8 9 10 11 12 13 14 <hr/> 14 15 16 17 18 19 20 |

En estos ejercicios, solo debe repetirse un número, como el 2 por ejemplo, con sus distintas adiciones en el encerado ó en las pizarras.

Tales combinaciones hacen fijar la atención en las sumas producidas por la adición de 2 3 4 5 á números inferiores al 30.

La suma oral puede repasarse con provecho por preguntas como las siguientes: 4 y cuántos más son 6? 2 y cuántos más son 6? 3 y cuántos más son 6? 6 y cuántos más son 8? 4 y cuántos más son 8?

Restar.—Continuación de este ejercicio como en el grado previo quitando bolas ú otros objetos por doses, treses, cuatros y cincos,

de grupos que contengan menos que 21. El maestro puede idear distintos caminos para ese propósito.

Multiplicar por dos.—Por medio de bolas, astillitas ú otros objetos, marcas en el encerado y en las pizarras, *explíquese la idea de tomar un mismo número dos veces, con un ejercicio preparatorio de la multiplicación.* Las mismas ilustraciones pueden hacerse combinando puntos ó marcas en el pizarrón, en grupos, como sigue: Dos son 4. Dos son 6. Dos son 8. Dos son 10.

Dos // // son 4. Dos /// /// son 6. Dos //// //// son 8. Dos ///// ///// son 10. Al leer estas combinaciones hágase que los alumnos digan *dos doses son cuatro. Dos treses son seis. Dos cuatros son ocho. Dos cincos son diez.* Es de advertir al mismo tiempo que tomar un número de objetos *dos veces* es muy parecido á sumar dos grupos ó números iguales.

Debe procurarse en cuanto sea posible que los discípulos mismos arreglen los objetos en sus grupos correspondientes.

Lectura y escritura de cifras hasta 1,000.—Habiendo aprendido los discípulos en el precedente grado, á leer y escribir números hasta 30, deben agregarse nuevos ejercicios con ánimo de extender el conocimiento. Puede llenarse á satisfacción tal objeto combinando números para leer sin hacer uso de la *numeración*, copiándolos en los pizarrines, en esta forma:

| 1er. grupo. | 2o grupo. | 3er. grupo. | 4o grupo. |
|-------------|-----------|-------------|-----------|
| 10 | 100 | 100 | 200 |
| 11 | 200 | 101 | 201 |
| 12 | 300 | 102 | 202 |
| 13 | 400 | 103 | 203 |
| 14 | 500 | 104 | 204 |
| 15 | 600 | 105 | 205 |
| 16 | 700 | 106 | 206 |
| 17 | 800 | 107 | 207 |
| 18 | 900 | 108 | 208 |
| 19 | 1000 | 109 | 209 |
| 20 | | 110 | 210 |
| etc. | | etc. | etc. |
| hasta | | hasta | hasta |
| 99 | | 199 | 299 |

Subsiguientemente, deben leerse y escribirse estos mismos números salteados.

Bien aplicadas estas lecciones, se logrará en un mes escribir y

leer números hasta 199 y cualquier otro inferior á 1,000, en tres meses.

Números romanos.—Convienes que los discípulos aprendan primero el valor de cada una de las tres letras usadas para representar números menores de cuarenta. I, uno. V, cinco. X, diez. Después de haber aprendido estos valores, procédase á enseñar el de II, dos. XX, veinte y así sucesivamente el de III, tres. XXX, treinta. Más tarde, se enseñarán los números en su orden, su uso en libros de lectura y su aplicación al reloj, al menos por horas, medias horas y cuartos.

Escritura en los pizarrines.—Al hacer los alumnos su ingreso en este grado, deben estar suficientemente aleccionados en las *letras de escritura*, para enseñarles á leer palabras conocidas, escritos con claridad en el encerado, hasta alcanzar facilidad en el ejercicio. Debe darse mayor atención á la copia de palabras sencillas en letras de mano. Cada niño debe aprender á escribir su nombre con claridad, usando las mayúsculas necesarias, teniendo el mayor cuidado con el modo de cojer la pluma y sostener el pizarrín.

CUARTO GRADO.

Resumen del Curso.

LECCIONES DE LENGUAJE.—*Lectura:* en un primero ó en un segundo de lectura fácil: *sentido* de las palabras y frases enseñado por medio de las mismas oraciones: continuación de los ejercicios de sonidos *elementales* y *signos de puntuación*; *deletrear* palabras de las lecciones de lectura y otras voces familiares: lecciones sobre *forma*, con adiciones convenientes; sobre *colores* continuadas; sobre objetos familiares, aumentadas con sualidades sencillas.

Aritmética.—Numeración y Notación por medio de seis lugares: *sumar* columnas aisladas de diez figuras, incluyendo 6, 7, 8 y 9: sumar oralmente por seises, sietes, ochos, nueves y dieces; *restar* treses, cuatros, cincos y seises de números inferiores al 31: *multiplicar por dos números* menores que 11: cuestiones ó problemas sencillos: números romanos hasta C.

Escritura en pizarrillas.—Copiar pequeñas oraciones.

Dibujo.—En los pizarrines, ilustrado en el pizarrón, al dictado y de los carteles: triángulos equiláteros é isósceles, cuatro pulgadas el mayor lado: rombo, seis pulgadas de lado: romboide 4 por 2

pulgadas: cuadrados concéntricos de cuatro y dos pulgadas, sobre las diagonales: cuadrados concéntricos, cuatro y una pulgadas de lado, sobre los diámetros: octógono regular: dos objetos familiares sin perspectiva conteniendo los figuras planas de este grado.

Música vocal.—Instrucción como en el Sexto Grado, con cantos agregados de memoria.

Ejercicio físico.—Cada media hora, de dos á tres minutos, con cuidados preferentes á la ventilación.

AVISOS Y SUGESTIONES.

Lenguaje.

Al comenzar la instrucción en la lectura para este grado, será conveniente que el maestro lea las sugerencias del Quinto. Es un ejercicio útil colocar en el encerado las palabras nuevas más difíciles de la lección, familiarizando con ellas á los alumnos, antes de ponerles los libros en las manos. Muchos de los ejercicios para enseñar esas palabras deben darse con los libros.

Ejercicios de conversación.—Antes de ordenar que cada discípulo haga una nueva lectura, debe dirigirse su atención al sentido de las *palabras* principales más *importantes*, á los principales hechos ó pensamientos de las oraciones y al asunto mismo; de tal modo, que vayan comprendiendo lo que leen sucesivamente.

Atento á este resultado, el maestro puede sostener un *ejercicio de conversación* con la clase, algo semejante al siguiente, mientras los discípulos tienen sus libros abiertos por la página dada.

De qué trata esta lección? Qué dice la primera línea acerca de esto? Quién dijo esto? Qué pregunta encuentra V. en el primer párrafo? Puede V. encontrar la respuesta de esta pregunta?

El primer discípulo puede leer la pregunta. El que sigue puede leer la respuesta.

Mire V. ahora al primer verso y dígame de qué trata?

Supongamos que la lección habla de dos niños que, después de haber roto una taza, uno de ellos propone echarle la culpa á un perro.

El maestro puede decir:

Vamos á leer lo que se dice de dos niños. Quién puede mirar al libro y decirme sus nombres? Quién puede decirme qué edad tenían?

Cuál de los dos niños acostumbraba informar á sus padres de alguna cosa mala que hicieran? Se portaba el otro niño de igual modo? Qué hacía este otro? Cuál era el mayor de ellos?

Quién puede decirme donde estaban estos niños? Dónde estaba su madre? Quién estaba en el cuarto con ellos? Qué decía uno de los niños? Qué hacían los muchachos con el perro? Qué sucedió mientras estaban jugando? Quién fué el primero que habló después de lo sucedido? Qué fué lo que dijo?

Por medio de este análisis, teniendo los libros abiertos, aprenden los discípulos las palabras y su sentido general, lo bastante para facilitarles las respuestas apropiadas á las preguntas del maestro, preparándolos así para una lectura correcta. Requiérase después á distintos discípulos para que lean separadamente cuidando, de expresar cada oración tal como se dice en la narración del asunto.

Durante todos estos ejercicios, es de tener mucho cuidado en que los discípulos *conozcan las palabras á la simple vista, sepan lo que significan en la lección y lean de una manera fácil, con tonos de voz parecidos á los que se usan en una buena conversación.* Y para que entiendan lo que quiere decir una buena lectura, el maestro debe poner ejemplos, *sin enseñar por esto á leer de pura imitación.* Es importante para tal concepto, que los discípulos aprendan á decir la manera de leer la lección por la adecuada inteligencia de la misma; con lo cual adquirirán el poder de enseñarse á sí propios y de leer á conciencia. Y, como un medio de llevarlos á descubrir los pensamientos de cada oración, empleando su juicio y de resolver ellos mismos cómo deben leerlos, se emplearán con frecuencia las siguientes preguntas: Qué dice esto? Cómo debe decirse? Con la seguridad de que tal proceso de enseñanza desarrollara la facultad de leer nuevas lecciones con mucho mejor éxito que cuando se enseña á leer por simple imitación.

Si los esfuerzos para evitar las faltas de la lectura se van refiriendo á cada clase de aquellas en particular, es más fácil obtener el resultado; cuidando de insistir lo suficiente, hasta que los discípulos logren comprender la naturaleza de aquel defecto y se esfuerzen en corregirlo.

N. B. En el Cuarto Grado debe leerse cada semana de tres á cuatro de las lecciones corrientes de un Segundo de Lectura fácil.

Sentido de palabras.—Los ejercicios para enseñar el sentido de

las palabras han de practicarse, por lo general, con los libros abiertos por la página que corresponda.

Para entender lo que significan las palabras, deben examinarse aisladamente y en grupos; cuya práctica producirá un conocimiento más completo de la lección. *No deben permitirse definiciones formales.*—Los discípulos solo dirán algo de lo que indique que comprenden una palabra ó bien manifestar su uso en una oración.

Puntuación.—Nombres de todos los signos de puntuación que ocurran en las lecturas y los usos del punto, interrogación, guión y comillas con la advertencia de que todo tiempo empleado en definiciones para ese objeto, es perdido. Por lo común *se presta demasiada atención á la coma*, dando por resultado una lectura viciosa.

Encontrar interrogantes, diciendo lo que se pregunta en cada caso y dando la respuesta adecuada: señalar guiones que junten dos palabras ó indiquen que una parte de las mismas está en la línea próxima; marcar comillas diciendo las palabras citadas y quien las dijo: todo esto es lo que debe practicarse.

Lecciones de objetos.—Seguir el plan general avanzando cada vez más. Durante las lecciones de todo el grado, no debe perderse de vista la necesidad de ejercitar los hábitos de observación y comparación, estableciendo las semejanzas y diferencias existentes en los objetos.

Forma.—Para la enseñanza de una *forma nueva* debe mostrarse ésta á los discípulos para que conozcan sus peculiaridades más salientes, las comparen con las figuras semejantes y las que no lo son, y distingan las diferencias, revistiendo estos ejercicios de un carácter práctico; lo que se consigue haciendo representar por medio de papel doblado las formas de las figuras planas que se enseñan y la de los sólidos con el auxilio de papas que se cortan y otros recursos.

Debe hacerse un repaso de los grados anteriores, añadiendo las formas que siguen: diferentes especies de triángulos, rombo, romboide, cuadrante, prisma, pirámide y cono.

Color.—Distinguir y nombrar los colores más principales incluyendo sombras y tintas como carmín, escarlata, rojizo, amarillo, limón, azul celeste, verde, anaranjado, púrpura, violeta, morado y gris.

Deben emplearse muestras de colores para comparar y agrupar los iguales y apreciar sus diferencias.

Consúltense las instrucciones del Sexto Grado.

Objetos: sus partes, usos y cualidades.—Convenientemente extendidos, continúense los asuntos del grado anterior, dedicando la atención á los *nombres y usos de las partes de los objetos* considerados y sus cualidades más principales.

Si el tema de la lección es, por ejemplo, una pizarra, el discípulo debe nombrar sus lados ó caras, el marco, las muescas del marco y las partes que lo aseguran: discurrendo á su vez sobre los usos de cada cosa. Y así con otros objetos.

Entre estas cualidades deben comprenderse las que significan los términos *poroso, resbaladizo, pegajoso, frágil, duro: transparente, opaco: combustible, inflamable.*

Los discípulos recordarán más fácilmente estas propiedades si se observan en oposición unas de otras ó se estudian sus caracteres formando paralelos.

Recuérdese que *el maestro debe ilustrar estas cualidades de una sola vez, encaminando á los discípulos para observarlas, en los diferentes objetos, antes de dar el nombre de las mismas.* Se hace advertir por ejemplo, que el yeso, el caramelo y el vidrio *se quiebran fácilmente:* entonces, y después de haber adquirido la idea á fuerza de ver objetos que se quiebran fácilmente, se dá como signo de su expresión el término quebradizo. Y así de las demás cualidades.

En los repasos de estas lecciones, háganse preguntas parecidas á éstas: *Cómo se parte el caramelo? Fácilmente. Por romperse fácilmente qué puede V. decir del caramelo? R. Que es quebradizo? Por qué dice V. que el yeso es quebradizo? R. Porque fácilmente se rompe. Cuándo puede V. decir que una cosa es quebradiza? Cuando puede romperse fácilmente. Qué hará V. para saber si una cosa es quebradiza? Ver si fácilmente se rompe. Por caminos tan diversos el discípulo concluirá por asociar la palabra quebradizo con la idea de romperse con facilidad.*

ARITMETICA

Numeración y Notación.—Dos períodos se requieren en este grado. Primero, debe enseñarse el *de las unidades* con el auxilio del encerado y las pizarras, y tan perfectamente, que los discípulos puedan nombrar cada lugar en el período á un simple golpe de vista, por su orden ó fuera de él: pudiendo al mismo tiempo escribir al dictado cualquier número, antes de comenzar la ins-

trucción en el período de millares. En ese ejercicio puede invertirse de dos á tres semanas.

Al comenzar con el período de los millares, el discípulo debe *nombrar y numerar* cada lugar en ambos períodos: como primero, segundo y tercer lugar para las unidades: cuarto, quinto y sexto lugar para los millares; lo que puede ilustrarse en la primera dejando un espacio entre ambos períodos como 654 321.

Deben nombrarse los lugares respectivamente como *primer lugar*, (unidades) *segundo lugar*, (decenas) *tercer lugar*, (centenas) *cuarto lugar*, (millares) *quinto lugar*, (decenas de millar) *sexto lugar*, (centenas de millar): haciendo practicar el mismo ejercicio saltado, como *millares*, cuarto lugar; *decenas*, segundo lugar, *unidades*, primer lugar, etc.

Se empieza la notación dictando números con solo dos lugares: como 5 unidades y 2 decenas: 2 unidades y 6 decenas: 1 unidad y 9 decenas: 7 decenas: 3 decenas y 6 unidades; y escritos, el maestro puede formular distintas preguntas, como: *Qué figura escribe V. en el lugar de las decenas? Cuál en el lugar de las unidades?* Procédase, por modo semejante, á enseñar las centenas, ó *el período de las unidades*. Cámbiese después la forma del dictado diciéndole: escriba V. ciento cincuenta y dos.

Pregúntese: *Qué número ha escrito V. en el lugar de las centenas?* Después de practicar lo bastante con números en el primer período, se acomete el segundo, es decir, el de los millares, por medios análogos: primero, nombrando los lugares de una vez, dando luego todo el número, de modo parecido al siguiente: escriba V. 2 unidades, 6 decenas, 7 centenas, 1 millar, 5 decenas de millar, 3 centenas de millar, señalando después los mismos lugares fuera de orden: como 6 centenas, 5 unidades, 2 decenas, 4 millares, 8 decenas de millar, 3 centenas de millar. Díctense después los números como sigue: escriba V. 419 millares 312: 9 millares y uno: 301 millares 806.

Suma.—Sumar columnas aisladas en la pizarra; copiar y sumar las mismas en los pizarrines, estableciendo una serie gradual de menor á mayor, hasta que tengan diez números, principalmente 6, 7, 8 y 9.

No olviden los maestros que *contar no es sumar*.

Ejercicios orales de sumar.—Con la mira de asegurar la facilidad y limpieza de la suma, debe de ejercitarse á los alumnos en observar los varios resultados que produce la combinación de dos

digitos, lo que puede conseguirse haciendo las sumas de diez en diez, á cuyo fin responden los ejercicios orales. El siguiente arreglo demostrará la forma en que pueden colocarse los números en el encerado é ilustrará el sentido de los medios que se aconsejan.

2 12 22 32 42 52 62 72 82 92

2 2 2 2 2 2 2 2 2 2

4 14 24 34 44 54 64 74 84 94

2 12 22 32 42 52 62 72 82 92

3 3 3 3 3 3 3 3 3 3

5 15 25 35 45 55 65 75 85 95

5 15 25 35 45 55 65 75 85 95

4 4 4 4 4 4 4 4 4 4

9 19 29 39 49 59 69 79 89 99

Por este estilo agótense las combinaciones desde 1 hasta 9 con todos los números que van del 2 al 99. Debe prescindirse de las combinaciones á medida que las aprendan los discípulos para acometer otras nuevas. Y una vez obtenida la seguridad, pueden hacerse nuevas combinaciones sin seguir el orden de la década como:

5 14 35 44 7 27 76 86

4 5 4 5 6 6 7 7

9 19 39 49 13 33 83 93

De este modo los discípulos empiezan á advertir que la suma de 9 y 7 dá siempre, para las unidades, 6, bien que los números sean 19 y 7 ó 29 y 7 ó 37 y 9 ú 87 y 9 y que lo mismo acontece con otros dos digitos cualesquiera. La observación atenta de este hecho hará adquirir fácilmente el hábito de *sumar* (no contar) con prontitud y seguridad. Después de suficientes progresos en las sumas establecidas, pueden darse columnas de cuatro ó cinco figuras, en concepto de aplicación de la experiencia obtenida en los ejercicios.

Algunos números combinados en círculo en el pizarrón, proporcionan un medio sencillo de ejercitar en la suma, agregando cada discípulo la figura que le toque en turno al total alcanzado por el anterior.

Ejercicios orales de restar.—Estos primeros ejercicios deben comenzar contando al revés ó sea descontando; pero, en este grado, los números que se descuenten no deben pasar del 6.

Los ejercicios orales señalados para la suma pueden aplicarse con motivo de la resta: como 2 quitado de 94, 92: 2 de 84, 82: 2 de 74, 72: 7 de 93, 86; 7 de 83, 76; 7 de 73, 66; etc.

A favor de tales medios se observará que en la resta, lo mismo que en la suma iguales números producen la misma cifra para las unidades.

Multiplicar por dos.—Continuar las ilustraciones indicadas por medio de bolas, palitos, marcas en la pizarra, etc.

Cuestiones prácticas.—Deben emplearse ejercicios de sumar números concretos, lo que puede hacerse en silencio, como: Cuántos centavos son 9 cts., 5 cts., 8 cts., 4 cts. y 6 cts? Cuántos pesos son 3 pesos, 7 pesos, 6 pesos y 4 pesos? Cuántos lápices son 12 lápices, 4 lápices, 8 lápices, 6 lápices y 10 lápices? Los números deben enunciarse poco á poco al principio, para irlos sumando sucesivamente; á una señal dada, los discípulos deben escribir las respuesta en sus pizarras.

Como ejemplo de preguntas, sin hacer uso de las pizarras, sirvan las siguientes: Cuántos son 8 cts. y 6 cts? Resp., 14 centavos. 6 manzanas y 13 manzanas, cuántas manzanas son? Resp., 19 manzanas. 27 lápices y 6 lápices, cuántos lápices son? Resp., 33 lápices. 15 pesos, 3 pesos, 8 pesos y 6 pesos, cuántos pesos son? Resp., 32 pesos.

Para restar pueden establecerse análogas preguntas, como: Si V. tiene 8 cts. y gasta 3 cts., cuántos le quedan? Si V. tiene 11 bolas y pierde 5, cuántas le quedan? Si V. tiene 6 pastelitos y se come 3, cuántos le quedan? Si V. hace 13 marcas en su pizarra y borra 5, cuántas quedan?

El empleo de los siguientes ejercicios puede ser de mucho provecho para los alumnos. El maestro dice: María tenía 12 centavos y perdió 5. El discípulo puede responder: le quedan á María 7 centavos. Juan tenía 12 cts. y Juana 6 cts. Uno puede responder: los dos juntos tenían 18 cts. Otro: Juan tenía 6 centavos más que Juana.

Números Romanos.—Sígase en este grado la siguiente pauta, á cuyo favor se evitan los esfuerzos de memoria.

Primer ejercicio.—Letras que representan iguales valores unas al lado de otra; letras de un menor valor á la izquierda de otras

con mayor valor, de modo que tengan que sumarse. Ejemplos: II XX XXX VI XV LX.

Segundo.—Cuando una letra esté á la izquierda de otra que representa mayor valor: en cuyo caso han de restarse los distintos valores. IV XL XC.

Siempre que I ó X esté colocada entre dos letras que tengan mayor valor, se quita de la letra siguiente. Breves repasos y aplicaciones de esta pauta, agregando la D y la M para los otros grados, asegurarán el completo conocimiento de esta materia.

Escritura en los pizarrines.—Deben continuarse los ejercicios en analogía con los prescritos para el Grado Quinto, con alguna más detención en las palabras que tengan letras mayúsculas, extendiéndose hasta escribir frases cortas. Debe exigirse á cada discípulo escribir su propio nombre.

Es preciso alentar á los discípulos eligiendo cada día distintas pizarras que demuestren mayor adelanto, colocándolas de modo que el Director y visitadores las examinen, poniendo el primero todo su cuidado y empeño en llamar la atención de los demás condiscípulos sobre cada uno de los pizarrines así elegidos.

MANUEL VALDÉS RODRIGUEZ.

(Continuará.)

EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA. ⁽¹⁾

CONFERENCIA LEIDA

EN LA REAL SOCIEDAD ECONOMICA DE AMIGOS DEL PAIS DE LA HABANA

LA NOCHE DEL 11 DE OCTUBRE DE 1892.

Pauca, sed certa.

EXCMO. SR.:

SEÑORES:

La Real Sociedad Económica de la Habana no podía permanecer indiferente ni silenciosa, cuando desde Europa hasta las extremidades de ambas Américas resuena un himno de gratitud consagrado á Cristóbal Colón.

Determinó por tanto conmemorar la inmortal hazaña del incomparable marino, con una solemne sesión extraordinaria; y escogió para ella, no la noche del 21 de Octubre cual científicamente hubiera correspondido hacerlo, (2) sino la del 11 del propio

(1) La Sociedad Económica ha querido conmemorar la gran fecha histórica del descubrimiento de América por Colón; y teniendo á su frente persona tan experta y docta en los estudios colombinos como el Sr. Jorrín, le confió, naturalmente, la honrosa tarea de llevar su voz en la sesión solemne que dedicó á ese objeto.

LA REVISTA ha sido favorecida, no solo con el texto de la erudita é interesante disertación, sino con las oportunas notas que confirman y realzan los juicios emitidos por su sagaz y bien informado autor; y ha podido así tener el gusto de engalanar sus páginas con este brillante trabajo.

Nota de la Dirección.

(2) La Sociedad de los Anticuarios Americanos fundada en 1812, considerando que Colón arribó á Guanahani veintinueve días después del equinocio de otoño de 1492, contó en el siglo actual desde el propio equinocio los mismos 29 días; y obtuvo por resultado, que el aniversario exacto del descubrimiento de América era el 21 de Octubre. En consecuencia, acordó celebrar en esa fecha su gran sesión anual, para tener condiciones de temperatura, permanencia del sol sobre el horizonte y demás fenómenos celestes, iguales á los que predominaron en Nueva Inglaterra, el día en que el inmortal viajero holló el suelo de la isla San Salvador. (Vide: "Proceedings of the American Antiquarian Society," printed by Henry J. Howland, Worcester, 1855.)

mes en obediencia al calendario Juliano vigente en la época del insigne Almirante; porque en esa noche vió cuatro siglos ha, una lucecilla que al oscilar sobre la lóbrega superficie del océano anunciaba la proximidad de la anhelada tierra, que al rayar el próximo día se destacó en el azulado horizonte, vestida de palmeras y esmeralda.

El relato, señores, de los hechos de Colón ha sufrido no pocas variantes, y puntos de vista harto discordes, sobre todo en los cien años últimos. Estos cambios, según era lógico, han coincidido con la adquisición de más amplias noticias, con el hallazgo de nuevos documentos.

Así resultó en 1793.—D. Juan Bautista Muñoz, después de haber registrado con escrupuloso ahinco los archivos oficiales de Simancas, Madrid, Sevilla y Lisboa, aparte de otros de propiedad particular, publicó el primer tomo de su «Historia del Nuevo Mundo;» obra mucho más completa en lo que al descubrimiento atañe, que la redactada en 1601 por D. Antonio de Herrera y Tordesillas.

Análogo suceso hubo de repetirse en 1825.—D. Martín Fernández de Navarrete, al escudriñar los tesoros sepultados en las bibliotecas de la Península, encontró entre los papeles del Duque del Infantado, aparte de otras preciosidades, un extracto del Diario del primer viaje de Colón al Nuevo Mundo, escrito por Fray Bartolomé de las Casas; y aprovechando estos ricos materiales el anglo americano Washington Irving, entregó á la estampa su Narrativa de la Vida y Viajes del nauta Genovés, colmada de claridad deleitable y gran nobleza de estilo, pero en la que trueca á menudo la pluma del historiador por la del panegirista, hasta el extremo de pretender ocultar las flaquezas del hombre, bajo la púrpura de su deslumbrante genio.

Veintinueve años más tarde, un literato transpirenáiico, el Conde Roselly de Lorgues, concibió un pensamiento erróneo pero original é intencionado, y que acertó á desenvolver con suma habilidad y energía: el de probar que Colón, modelo de todas las virtudes y ayuno en absoluto de conocimientos científicos, fué escogido por la Providencia para cumplir, con el auxilio de las órdenes monásticas, la sagrada misión de transportar á las partes desconocidas de nuestro planeta, las semillas de la religión del Crucificado. Esta glorificación del exclusivo influjo de la Iglesia Católica en el hallazgo del hemisferio cis-atlántico, alcanzó desde luego el uná-

nime aplauso del Episcopado francés; conquistó múltiples prosélitos en España y en las Repúblicas Hispano Americanas; salvó las cumbres de los Alpes; y aspiró por fin en Roma, á la beatificación del insigne Ligur.

Este formidable movimiento místico literario, que al exaltar aisladamente una idea, conculcaba los fueros de la verdad, provocó una saludable reacción, que determinó desde luego abandonar el terreno de la fantasía, para entrar con firme pié en el de las fuentes auténticas de información respecto á lo pasado.

Con tan laudable mira, el escéptico norte americano Mr. Harri-
risse, inspirándose en las profundas disquisiciones científicas del Barón de Humboldt referentes al Nuevo Mundo, (1) exploró con ojo certero y sagaz los célebres depósitos de impresos y manuscritos en Europa; y con sus resultas puso feliz remate en 1866 á su «Biblioteca Americana Vetustísima;» trabajo magistral donde refundió con el severo rigorismo de la bibliografía moderna, cuantos libros se han ocupado hasta mitad del siglo diez y seis por modo más ó menos lato, en los actos privados ó públicos de Colón.

Asentada quedó con la publicación antedicha, la piedra angular del nuevo método que en lo sucesivo cumplía aplicar á la Historia de América. Pero este criterio, base del conjunto de las futuras tareas, exigía inmediatos estudios *parciales* que, convergiendo hacia el colectivo propósito final, contribuyesen á esclarecerlo. Bastó sugerir esta indicación, para que de todos los centros del orbe culto salieran á luz en variados idiomas luminosas monografías. Hubo más. Esta gallarda legión de investigadores alistada bajo las banderas de la verdad, recibió cuando menos lo esperaba un estímulo valiosísimo, con la convocatoria del primer Congreso Internacional de Americanistas, que había de reunirse en la ciudad de Nancy el año de 1875.

Las ideas cobraron, en efecto, centuplicado ensanche con esta conjunción de esfuerzos cosmopolitas. Los historiadores habían hasta entonces principiado su tarea por la exposición del proyecto de Colón, y la subsecuente conquista y colonización del Nuevo Mundo. Mas los promovedores de la asamblea de Nancy, estimando deficiente y hasta mezquino semejante proceder, sostuvieron que no bastaba estudiar la América desde 1492 en adelante,

(1) Si sólo se atiende á la *Historia Física* de América, nunca ha debido llamarse *Nuevo Mundo*, porque fué la primer tierra que surgió en masa compacta del seno de las aguas primitivas, desde Nueva Escocia hasta el lejano Oeste; mientras en Europa existían únicamente algunos desparramados islotes. (L. Agassiz, "Geological Sketches")

sino que se imponía la ineludible obligación de remontar á los precedentes siglos, con el objeto de conocer las razas que habitaron este doble continente; su respectivo grado de cultura; y si fueron ó no autóctonas, para inquirir en caso negativo su primordial origen y procedencia. (1) En una palabra; el espíritu del programa de Nancy pudo condensarse en esta fórmula: supuesto que América constituye una inmensa *unidad*, no menos interesante quizá bajo el triple aspecto antropológico, etnológico y sociológico que por cualesquiera otras causas, importa que su Historia, lejos de ser mutilada y subdividida en fragmentos, se presente íntegra con todas sus ramificaciones.

Aceptado fué en teoría este novísimo criterio sin protesta alguna; pero *en la práctica*, los Americanistas se compartieron en dos campos. Juzgaron unos, que el exámen del mundo precolombiano era inexcusable prolegómeno del revelado por los navegantes del siglo XV; y en este grupo militan con el Sr. Pí Margall (2) el alemán Cronau y el norte americano John Fiske, cuyas dos respectivas historias han sido editadas en Barcelona y Nueva-York, en 1891 y en el año actual. El otro grupo de escritores, más nutrido y compacto que el primero, limita sus lucubraciones á la biografía del Padre de la América moderna; expurgada de consejos y errores; enriquecida con el análisis de lo que todavía aparece en ella obscuro ó controvertible; y á veces con el aditamento de los sucesos posteriores. En esta segunda falange han ingresado de poco acá, los Sres. D. José María Asensio y D. Emilio Castelar; el Padre Ricardo Cappa de la Compañía de Jesús; y los norte americanos Jústín Wínsor, bibliotecario de la Universidad de Hárvard, y Kéndall Adams, rector de la de Córnell. (3)

Permitidme, señores, llamar vuestra atención, á la curiosa re-

(1) Según Nadaillac, no existe esencial diferencia entre los hombres del antiguo y del nuevo mundo. Por manera, que la unidad de nuestra especie resulta ser la gran Ley de la humanidad.

(2) "América. Historia de su descubrimiento desde los tiempos primitivos hasta los más modernos," por Rodolfo Cronau, Barcelona, Montaner y Simón, editores, 1892.—"The Discovery of América, with some account of ancient América and the Spanish Conquest," by John Fiske. Boston and New York, Houghton, Mifflin and Company, 1892.

(3) "Christopher Columbus, and how he received and imparted the spirit of discovery," by Jústín Wínsor, Boston and New-York, Houghton, Mifflin and Company, 1892.

"Christopher Columbus (1436—1506,) and the Discovery of the New-World", by Charles Kéndall Adams, President of Cornell University. New-York, Dodd, Mead and Company.

"The Career of Columbus" by Charles Elton, M. P.—1 vol. 12 mo. Cassell Publishing Co. New-York.

gularidad que existe entre las evoluciones, cuya reseña acabo de hacer. Sepáralas un intervalo que no excede en promedio de seis lustros; pues si desde la Historia de Muñoz á la de Irving transcurrieron treinta y cuatro años, sólo hubo veinte y nueve entre las de Irving y Roselly, y apenas llegaron á veinte y ocho los interpuestos entre la de Roselly y la publicada por HARRISSE en 1884. (1) De suerte que en el espacio de una centuria la Historia de América ha sido considerada bajo tres fases distintas, reflejos fieles del pensamiento predominante en otras tantas generaciones. (2)

Esta periodicidad, reveladora de la ingénita propensión del cerebro humano á incesantes pesquisas, y de la necesidad de ir las sintetizando dentro de ordenados plazos para mejor valorarlas y comprenderlas, ha sufrido brusca interrupción con las magníficas fiestas decretadas por España, Italia y la República vecina nuestra, en honor del viaje transoceánico emprendido en 1492 con tanta meditación prévia, como portentosa osadía.

A los festejos que en esta misma semana se celebran en la Península, antepuso el Ateneo de Madrid una larga serie de conferencias sobre América. (3) En ellas se han dilucidado tesis y emitido opiniones, que por su gran número y la escasez de tiempo, no podemos ahora examinar cual merecen. Exceptuarémos sin embargo tres de ellas, para consagrarlas unos pocos minutos.

Sabido es, que el Comendador Francisco de Bobadilla fué á la Española en calidad de Juez Pesquisidor, con facultades é instrucciones secretas; y que comenzó el desempeño de su encargo por encarcelar á Colón, para embarcarlo cargado de grillos. Los Reyes condenaron este acto de barbarie, en cuanto de él tuvieron noticia; y todos los historiadores nacionales y extranjeros lo han anatematizado, como execrable é inícuo.—El Sr. D. Luis Vidart

(1) "Christophe Colomb, son origine, sa vie, ses voyages, sa famille et ses descendants. Paris, Leroux, 1884.—El Sr. Fernández Duro que es en España quien más estudia á los Americanistas extranjeros, dice: "Tres norte americanos Irving, HARRISSE y Winsor, dan testimonio del empeño con que investigan los orígenes de la historia patria, en el hombre que fué causa primordial de su existencia."

(2) "Hay ahora escuela realista colombina, otra mística, otra idealista. Todas contribuyen á engrandecer el personaje memorado. Todas en el contradictorio juicio lo avaloran, haciendo juntas el crisol que depura." (Fernández Duro, en la España Moderna del 15 de Marzo de 1892.)

(3) Se han dado en el Ateneo de Madrid más de 50 conferencias sobre América, algunas de ellas de mérito relevante.—De las 66 composiciones poéticas sobre el Descubrimiento, ninguna ha obtenido en la Real Academia Española premio ni acésit.—En la Academia de la Historia se han presentado cuatro obras en prosa: una en francés, otra en inglés, y las dos restantes en castellano; componiéndose una de estas últimas de trece volúmenes. Ignórase todavía, si alguna resultará laureada.

emperero, para alardear sin duda de que no hay paradoja que á su talento resista, ha convertido al victimario en víctima; y sostiene que á Bobadilla se le calumnia, porque en puridad se limitó á cumplir con su deber. Concedamos *en hipótesis* lo que se aduce en apoyo de esta inconcebible tésis; y dígasenos, si al enviar el Juez Pesquisidor bajo partida de registro al hombre que había regalado á España un mundo, necesitó humillarle é infamarle con las prisiones que le mandó poner. Por fortuna, esta tentativa de póstuma justificación es aislada é individual, y bajo ningún aspecto lastima á la nación española. Tan es así, que D. Arturo Mélida, con aprobación de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, ha colocado en el plinto del austero monumento funerario que en breve guardará en nuestra Iglesia Catedral los restos de Colón, aquellas cadenas ignominiosas; pero cuidando de cubrirlas con los laureles que la España moderna le dedica, como á bienhechor de la humanidad. (1)

Aún más original y sorprendente ha sido el tema de otra conferencia; pues se basa en un párrafo de Raimundo Lulio que en substancia dice así: «la principal causa del flujo y reflujo del Mar Grande, consiste, en que por estribar sus aguas en las costas occidentales de nuestro continente, estriban también por el lado opuesto *en otro continente al Oeste* que no vemos ni conocemos desde acá; y la Filosofía, al observar la esfericidad del mar con su flujo y reflujo, infiere: 1º la existencia de dos vallas contrapuestas entre sí que contienen las aguas, sirviendo de pedestales á su arco; y 2º, la necesidad de que en la parte occidental á la nuestra, *haya un continente* donde topen las movedizas aguas, al modo con que topan en las costas europeas.» (2) Ocioso consideramos manifestar

(1) Al sudeste de la ciudad de Santo Domingo se yergue bien conservada, la torre donde Colón fué encerrado por Bobadilla. Desde lo alto de ella se señalan hoy los buques que se dirijen al puerto. (Wínsor, p. 401).—En el libro del Sr. Asensio titulado «Martín Alonso Pinzón,» califican varios escritores con negros epítetos, la conducta de Bobadilla con el Almirante. (pág. 252 y siguientes)—Las Casas escribe: que lo de los grillos pareció *cosa detestable y miserable*.

(2) No hemos visto el texto latino de Raimundo Lulio; pero debemos advertir, que un exiguo grupo de escritores españoles pretende forjar hoy una fantástica leyenda colombina con los siguientes materiales;—antes que el Genovés, descubrieron la América Lulio en la esfera especulativa, y el piloto Sánchez de Huelva en el terreno de la realidad,—sin Martín Alonso Pinzón, no hubiera Colón salido de Palos ni llegado á Guanahani;—Bobadilla procedió bien al poner grillos al Virrey de las Indias;—según el Sr. Vicenti, cronista de la revista de Madrid *El Centenario*, el Duque de Veragua y el recién finado Pinzón, son descendientes de los dos Descubridores del nuevo continente, que denunció y *delimitó* el filósofo mallorquín;—y por último, D. Adolfo de Castro afirma, que Colón zarpó de Cadiz con su flotilla, el 3 de Agosto de 1492.—¡A cuántos enormes extravíos precipita el exceso de imaginación!

que el conferenciante, lleno de envidiable candor, cree, cual artículo de fe, que el aludido continente opuesto á Portugal, España y Francia, *es la América y no el Asia*, aunque ésta por su situación adecua de todo en todo á la explicación teórica de Lulio respecto al origen de las mareas. Hay más. El orador no ha titubeado en proclamar, como legítima consecuencia de su arbitraria interpretación, que el filósofo mallorquín descubrió mucho antes que Colón el nuevo mundo. En realidad, señores, estos aparatosos silogismos no son más que un castillo en el aire. Al atribuir Lulio á un absurdo mecanismo el doble movimiento diurno del océano, absurdas y quiméricas tienen forzosamente que ser las deducciones que de aquella premisa se saquen. Y con tanto mayor motivo, cuanto que en este punto mostró ignorar el Doctor iluminado, lo que la ciencia de la Edad Media tenía sabido de muy atrás. Honorato de Antín en efecto, escribió desde principios del siglo XII en su tratado de *Imago mundi*, ó sea, sinópsis de los conocimientos geográficos y astronómicos de su época, que *de la luna* dependían el flujo y reflujo del mar. Debemos, sin embargo, declarar con franqueza, que lo castizo, fluido y elegante del discurso en que de tan fantástico modo se comenta el párrafo luliano, no sólo justifica lo dicho por el Sr. Picatoste sobre la triste manía reinante de empequeñecer á los grandes hombres, y lo indicado por el Sr. Asensio acerca del prurito de convertir *en leyenda* la biografía de Colón, sino que aún nos inspira el temor de que triunfe aquella entre las masas populares, deslumbradas por las franjas de vanidad nacional que exornan su irisada vestidura.

Pero la novedad de mayor bulto en las veladas matritenses, débese sin disputa á un docto individuo de la Real Academia de la Historia, á un fecundo y veterano americanista con cuya amistad nos honramos. Arrastrado más allá de los aledaños de la verdad por su ardiente patriotismo, y poniendo en juego los inagotables recursos de su peregrina inteligencia, ha pretendido nada menos, que equiparar á Martín Alonso Pinzón con el inmortal Almirante; apelando al argumento, de que sin la enérgica y decisiva cooperación del primero, el segundo no hubiera zarpado de Palos con la legendaria flotilla, ni arribado por ende á Guanahaní. (1)

(1) Años hace que el Sr. Fernández Duro está encariñado con la idea de equiparar á Pinzón con el gran Almirante. Así lo acredita el "Informe" que en 1883 presentó á la Real Academia de la Historia; y así lo confirma la laureada Memoria

Al Sr. Académico olvida, que al modo con que sin el previo auxilio material de los coleccionadores de fósiles, muestras metalúrgicas, plantas y animales de toda especie, ne hubieran existido los Geoffroy Saint Hilaire, los Cuvier, los Lamarck y los Darwin, tampoco sin la intervención de los Reyes Católicos, de Santángel, Quintanilla, Cabrero, Deza y Fray Juan Perez, aún prescindiendo de los Pinzones;—y sin los escritos de Aristóteles, Séneca, Alfragano, Marco Polo, Toscanelli y Pedro de Aliaco,—Colón no hubiera partido de España en demanda del Oriente, navegando con rumbo directo al ocaso. (1)

Al cabo de veinte años de experimentos y meditaciones, Isaac Néwton columbró en toda la plenitud de su esplendor la sublime ley de la atracción universal; pero al intentar comprobarla en forma concreta con los datos conocidos de las dimensiones de nuestro globo, los resultados dieron tan rudo mentís á sus teorías, que pesaroso y abatido dejó de pensar en ellas.—Dos años después, el astrónomo francés Picard, valiéndose de métodos é instrumentos más perfectos que los empleados antes, mide por medio de triangulaciones trigonométricas varios grados del meridiano terrestre; y al llegar á noticia de Néwton las cifras obtenidas por aquel sabio, repite con ellas sus precedentes cálculos de comprobación, y cae al suelo de rodillas bajo el peso abrumador de su gratitud al Todopoderoso, por haberle revelado la invisible fuerza que apretadamente liga á los millares de astros esparcidos en la inmensidad del firmamento.

que escribió para el Certamen abierto en 1891 por la Sociedad Colombina Onubense, sobre el tema "Participación que tuvieron en el descubrimiento del nuevo continente los hermanos Pinzón;" pues al final de ese trabajo propuso para el escudo de su héroe favorito, este lema: *Por España halló Colón, Nuevo Mundo con Pinzón.*

El Sr. D. José María Asensio, en su estudio histórico *Martín Alonso Pinzón* (Madrid, La España Moderna, 1892), aunque reconoce sus méritos y servicios, impugna las conclusiones del Sr. Fernández Duro con razones irrefutables; y demuestra:—que las carabelas no eran propiedad de los Pinzones:—que el dinero prestado por ellos al Almirante quedó satisfecho, supuesto que nunca hubo sobre este particular reclamación alguna:—que Bartolomé de las Casas niega que estipularan el dividir por mitad las mercedes regias otorgadas al Genovés, porque se hubieran hecho *escripturas*, y porque solo un testigo lo ha declarado:—que la cesión del hijo de Martín Alonso Pinzón en 1513 á la Corona de Castilla de aquella mitad de Mercedes, resultó *imaginaria*; pues aunque el Fiscal del Rey la aceptó, nada obtuvo por esa razón en el fallo definitivo:—que el escudo de armas concedido por Carlos V á los Pinzones á solicitud de ellos, se fundó en el descubrimiento de 600 leguas de Costas en el Brasil, y se otorgó también á cuatro individuos más, descendientes de los marinos que perecieron en aquel viaje.

(1) "Sin Colón, no hubiera habido Pinzones, ni Juan Pérez, ni Santángel, ni Quintanilla, . . . porque todos sólo fueron *eficaces cooperadores* de la gigantesca epopeya. (Esto leyó el Sr. Académico de la Historia, D. Juan de Dios de la Rada y Delgado, en su conferencia ante el Ateneo de Madrid.)

¿Cree el Sr. Fernández Duro, que merece Pícard compartir con el prodigioso matemático inglés, el virgiliano lema grabado al pié de su estatua por la Real Sociedad de Ciencias de Lóndres. *Felix qui potuit rerum cognoscere causas?* No, y mil veces no. Concebirlo, sería un absurdo; y casi un sacrilegio realizarlo.

Pero ¿á qué insistir en estas observaciones, cuando á pesar de todo lo alegado en pro de Martin Alonso Pinzón, la Real Academia de la Historia ha querido perpetuar el recuerdo del Almirante con el erudito volúmen en folio titulado *La Bibliografía Colombina*; (1) y cuando además, el Ministerio presidido por el Sr. Cánovas del Castillo acaba de levantar frente al convento de la Rábida y á presencia de los representantes de las naciones extranjeras, un soberbio monumento al gran Genovés, coronado con su nombre;—mientras la inmensa mayoría de los Ateneístas, la España toda, el sapiente sumo Pontífice Leon XIII, y el Universo entero, proclaman á Colón el genio sin par y sin segundo? La hipérbole, señores, en ciertos casos, es la cólera de la idea. Pasémos, pues, á otros puntos interesantes de la epopeya maravillosa, é incólume quede en la orla del escudo del primer Virrey de las Indias, el sugestivo lema que eterniza su inmarcesible gloria. (2)

(1) La Real Academia de la Historia acaba de publicar un volumen en folio de 630 páginas, con el título "Bibliografía Colombina;" el cual contiene numerosos documentos sobre Colón, poco conocidos, y muchos de ellos inéditos; lo que equivale á consagrarle un monumento más duradero que los de piedra y bronce.

(2) La elevadísima columna erigida en Palos de Moguer, tiene sobre su capitel un inmenso globo terráqueo en el que se destacan en alto relieve estos dos nombres *Colón é Isabel*; mientras en el fuste de la misma columna se lee en una cartela *Martin Alonso Pinzón y Vicente Yáñez Pinzón*.

El Papa León XIII ensalzó al eximio Italiano en su Encíclica de 16 de Julio de 1892, y al responder al mensaje que le dirigieron los Comisionados de la Exposición Universal de Chicago, dijo: "Cristóbal Colón ha reunido las dos fracciones de la raza humana, largo tiempo separadas; y ha prestado á ambas tales servicios, que *entre los bienhechores de la humanidad hay pocos que le igualen, y ninguno superior.*"

En Diciembre de 1882 quedó terminado el nuevo frontispicio de la Catedral de Florencia, Santa Maria dei Fiori; y lo adornan, entre otras estatuas, la de Colón y la de Fray Juan Pérez.

La República Dominicana, después de erigir en la plaza de Armas de la ciudad de Santo Domingo una estatua de bronce á su Fundador, ha destinado 30,000 pesos á construir en su iglesia Catedral un mausoleo donde se guarden sus restos.

En dos cartas que nos envió el Sr. Duque de Veragua, contestando en una á varias preguntas nuestras, y mandándonos de regalo con la otra el libro de Rodríguez Pinilla,—describe el escudo de Colón con colores diversos de los indicados por Mr. HARRISSE al reproducir el que halló en París en el Ministerio de Negocios Extranjeros;—dice que las cinco anclas se han colocado ya horizontal ya verticalmente, prevaleciendo esto último,—y afirma que el genuino lema del escudo es, *A Castilla y á Leon, Nuevo Mundo dió Colon*.

Los costos del primer viaje imptaron, según Mr. HARRISSE, 3,640 pesos de la moneda actual; y si los Pinzones facilitaron la tercera parte de esta suma, su préstamo fué de *mil doscientos trece pesos*.

I.

En número reciente consigna la sesuda *Revista de Edimburgo*, que son raras las peripecias en la vida de Colón que no lleven un signo interrogante á su final; y añade, que á través de las ruinas hacinadas por la crítica, no se descubren hoy los materiales con que podrá levantarse el futuro edificio.

Lejos estamos de asentir á estas enfáticas afirmaciones, que entrañan la declaratoria implícita de que los esfuerzos de las tres últimas décadas han resultado negativos.

No. La crítica ha hecho algo más que socavar y destruir. Merced á su paciente y concienzuda labor, ha rectificado en la tradicional biografía colombina no pocas fechas; suprimido muchos errores; é indicado con sinceridad los lugares donde por falta de pruebas, todavía subsisten dudas é incertidumbre.

Y cuenta, señores, que las dudas no constituyen un defecto peculiar de las narraciones colombinas. Las obscuridades pululan, siempre que se aspira á penetrar en los detalles biográficos de cuantos descollaron en la Edad Media; por la sencilla razón de que entónces se desconocían los periódicos, y de que los libros por su gran escasez costaban subido precio. Han ambicionado los literatos alemanes y franceses averiguar con meridiana claridad los hechos de Gutemberg y han fracasado en ese empeño. (1) Densas nubes rodean todavía los perfeccionamientos sucesivos que fué imaginando el hijo de Maguncia, hasta lograr imprimir su famosa Biblia de treinta y seis renglones, prototipo del Arte que calificó un Pontífice de casi divino, y que al esparcir á indefinidas distancias el pólen de las ideas, ha renovado la faz del mundo.

Adviértase además, que lo dudoso aún en la vida de Colón, se contrae por modo espectral á su niñez y juventud, y á los primeros años de su residencia en los dominios portugueses; esto es, al período en que era una personalidad desconocida; conviniendo observar, que esas nieblas provienen de que al verse Colón revestido de altas dignidades que fueron para él la túnica de Néso, se propuso lo mismo que su hijo Fernando cubrir su pasada humildad con un tupido velo.

Pero lo substancial de su grandioso proyecto, la moderna crí-

(1) El Doctor Haessels ha publicado poco ha, un libro titulado:—“¿Fué Gutemberg el inventor de la Tipografía?”



tica ha conseguido ponerlo muy en claro, salvo algunas lagunas de secundario interés. Nada quiere sin embargo, tenerse por indiferente en hombre tan excepcional como Colón; y de aquí, las recriminaciones de la Revista de Edimburgo, autorizado eco de la impaciencia general en esta materia. No nos duelen por ciertos tales lamentos; porque al fin y postre sirven de acicate, al entusiasta propósito de colmar los vacíos que aún se notan, dentro de los fundamentales jalones ya establecidos. El Sr. Fernández Duro opina en esto como nosotros; pues en su libro *La Nebulosa de Colón* afirma, «que subsistirá todo lo conquistado por la crítica;» y cúmplenos recordar, que las ideas, después de pasar por el menudo tamiz de aquella, son otras tantas estrellas inmortales en el cielo de la verdad.

Antes dijimos, que cada treinta años había surgido en el siglo actual una nueva Historia de América. Ahora esperamos, que cuando se recolecten los frutos definitivos de las Exposiciones de Madrid, Génova y Chicago, no faltará quien entregue á la estampa una obra, que se aproxime mucho más que las existentes al universal desideratum.

Hoy por hoy, ninguna de las historias sobre el hallazgo del nuevo continente proporciona satisfacción cumplida; porque no basta narrar en orden cronológico una serie de acontecimientos documentados, si el relato carece de movimiento, calor y vida. Creemos en efecto con Michelet, que la Historia, en lugar de mero reflejo ó anatómica reproducción de lo pasado, debe ser su verdadera resurrección.

Cuando salga á luz esa próxima síntesis de lo acaecido en este hemisferio después de 1492, habrá que incorporar en ella todo lo que evidencia la audacia é increíble actividad desplegadas en las odiseas americanas por los pilotos españoles. Preterición casi absoluta ha guardado la mayoría de los escritores respecto de aquellas gloriosas cualidades; al paso que los restantes han perferido esbozarlas muy á la ligera. Para que al fin se otorgue plena justicia á quienes con tanta razón la merecen, la conferencia apologética de Martín Alonso Pinzón en Madrid, además de oportuna para el fin antedicho, ha llamado grandemente la atención pública por su brioso fondo y forma.

Unica es, señores, la hazañosa realidad, de que á los catorce años de muerto Colón, ya hubiesen recorrido y hasta colonizado en parte los nautas castellanos, el litoral de América compren-

dido entre la desembocadura del río Húdson y el estrecho de Magallanes;—y que algo antes de mediar el siglo diez y seis, se hubiese prolongado aquel periplo desde la punta sur de la costa Patagónica, hasta el cabo Mendocino en tierras del Oregón, bajo el paralelo de los cuarenta grados norte; latitud que por el lado del Pacífico se identifica con la de Nueva York en el Atlántico, y con la de Madrid en Europa.

Súmense las singladuras de estos viajes con las que exigió el de circunnavegación del globo por Sebastián Elcano; y resultará tan vertiginoso número de millas, que bien pudieron nuestros marinos inscribir, sin visos de jactancia, en sus cartas de navegar, la épica frase, digna de Homero: *Sistimus, ubi defuit orbis*. (Nos detuvimos, donde el orbe terrestre terminaba.)

II.

Colón, señores, apareció en la época más propicia para su brillante propósito; en el momento psicológico destinado á realizarlo.

Acababa España de sacudir el yugo de sus seculares dominadores. Venecia y Génova no encontraban alimento para su comercio, á causa de haber cerrado los turcos las vías por donde se transportaban las producciones del Oriente. Portugal, entusiasmado con el perfeccionamiento del astrolabio y la brújula, descubría las Azores en medio del Océano, (1) é iniciaba con tanto empuje el bojeo del Africa, que en 1485 sus barcos dejaban detrás el cabo de Buena Esperanza.

Colón, en el ínterin, se entregó en Puerto Santo, durante el primer año de su matrimonio con la Muñiz, á la meditación y al estudio; para salir de aquella diminuta isla, como San Juan de la de Pátmos: éste, con su Apocalípsis, y él, con la idea generadora del integral conocimiento de nuestro planeta.

Con tales antecedentes, nada ocurrió ni pudo ocurrir de sobrenatural ó milagroso en 1492 durante el viaje á Guanahaní, emprendido sin sacerdotes, y hasta sin conocimiento del Papa.—El arte náutico, aunque muy inferior al de hoy, bastaba para la na-

(1) Las Azores distan 320 leguas del estrecho de Gibraltar. Fueron descubiertas entre 1431 y 1460, y son las tierras más occidentales del antiguo mundo.

El perdido mapa mundi de Toscanelli fué reconstruido en 1867 por la Sociedad geográfica alemana *Das Ausland* (el Extranjero).—Murió aquel sabio cosmógrafo en 1488, sin gozar el supremo placer de ver realizada, hasta cierto punto, su profecía transatlántica. ¿Cómo no recordar al hermano intelectual de Colón en su grandioso proyecto, cuando ahora se consagra el triunfo definitivo de su compatriota?

vegación de altura; como lo demostraron en pos de Colón, multitud de pilotos de diversos países.—El tamaño de los bajeles, por exiguo que ahora parezca, no impidió que en «La Victoria» de sólo *ciento cinco toneladas*, dieran Magallanes y Elcano la vuelta al Mundo.—Nada tuvo tampoco de singular, que la *Santa Maria*, la *Pinta* y la *Niña* ostentaran en sus velas el signo de la redención; porque en la biblioteca de Parma hemos visto el mismo signo sobre varias embarcaciones, en el mapa original de los hermanos Pizzigani que data del siglo XIV; y porque era además costumbre en tiempo de los Pinzones, adornar con cruces el velamen de las carabelas; y también el reverso de las monedas que en Castilla se acuñaban.—Hasta en los detalles de las excursiones envueltas en el misterio de lo desconocido, halló Colón guías en los portugueses.—Proveíanse éstos, para sus trueques con las tribus semi-bárbaras, de cascabeles, avalorios y toda suerte de baratijas.—Más de una ocasión, al ir la noche á descorrer su manto, siguieron aquellos el vuelo de las aves marinas, para abordar casi en compañía suya á nuevos territorios.—Distinguían los lugares descubiertos, ya con el nombre del santo del día en que los divisaban, ya con el de su bella ó extraña configuración, ó bien con el de algún notable suceso que en ellos les ocurría.—Muchas misas hicieron decir en Africa los portugueses antes de 1492; centenares de indígenas bautizaron; y aún condujeron á Lisboa varios de sus reyezuelos, con el doble fin de que aprendieran el idioma del infante Don Enrique, y de que volvieran á sus hogares con cabal noción del lusitano poderío. (1)

Repetirlo debemos. Colón se presentó en la escena del mundo, cuando existían esparcidos y sueltos todos los elementos del problema que le preocupaba; elementos que sólo él acertó á reconcentrar y utilizar, con su poderoso genio, con su férrea perseverancia.

Verdad es que los Escandinavos desde el siglo X desembarcaron en la América boreal, yendo, por así decirlo, á cortos saltos, de Noruega al vecino archipiélago de Fároe; de éste, á la próxima

(1) Análogos eran los usos y costumbres de Portugal y España—“El ocho de Julio de 1495, día del embarque de Vasco de Gama para la India, toda la tripulación se confesó y comulgó en el monasterio de Belén; y luego, fueron con velas encendidas, acompañados hasta los botes por muchos frailes que cantaban las letanías, y por el pueblo en masa. Los que partían, no pasaban de ciento treinta hombres.” ¡Qué puñado para ir á conquistar un país lejano y desconocido! (“Lendas da India”, por Gaspar Correa).—Al retornar Gama triunfante, el Rey D. Manuel le concedió, que pusiera en uno de los cuarteles de su escudo, las quinas de Portugal.

Islandia; y de Islandia á la cercana tierra groenlandesa. Más estos hechos carecieron de resonancia y hasta de trascendencia comercial y científica; porque los mismos descubridores ignoraron, que la última región pertenecía á un mundo geográfico distinto en absoluto del de Europa. (1)

Cierto es igualmente, que Alvarez Cabral al partir de Lisboa para Calicut el año de 1500, apenas enfrentó con sus naves las islas de Cabo Verde, enderezó sus proas al Sudoeste conforme á las instrucciones de Vasco de Gama, para evitar las mortales calmas del golfo de Guinea; y que á los pocos dias impulsado por la corriente ecuatorial topó con el Brasil. Pero «¿cómo comparar—exclama el Sr. D. Juan Varela—los dos antedichos y casuales hallazgos de nuevas regiones, con la convicción profunda, con el resuelto y constante propósito del gran Genovés, tan dichosa y plenamente logrado con auxilio de los españoles?»

A saber Colón la distancia efectiva entre Palos y el Catay, quizás no hubiera emprendido su temerosa expedición; pero el globo de Beháim y el mapa de Toscanelli situaban á Quinsai 130 grados al Oeste de Lisboa, cuando la verdadera diferencia de longitud entre aquellas dos ciudades sube á grados *doscientos diez*. (2) Por esta razón escribía el Almirante: «El mundo es pequeño: de sus siete partes, lo seco ocupa seis, y la séptima está cubierta de agua.»—Aguijoneado por esta equivocación colosal de los geógrafos de su tiempo, Colón se lanzó lleno de fé al enigmático piélago, para testimonio de que los errores en determinadas circunstancias, se transforman en útiles anillos de la cadena que conduce á la verdad. (3)

(1) Desde el centro del canal que separa á Groenlandia de Islandia, se ven los dos países.—(Crantz, "History of Greenland"). Además, de Noruega á las islas Shetland, de éstas al grupo Fároe; de Fároe á Islandia y de Islandia á Groenlandia, hay $6\frac{1}{2}$ grados de diferencia de longitud; y esto explica, lo fácil que fué ir del extremo de Europa al de América.—En el mapa Universal de Ruysch del año 1505, Groenlandia aparece adherida al Asia; y en el mapamundi de Ptolomeo de 1513, está unida á Noruega.—Boston erigió en 1887 una estatua á Leif, hijo del escandinavo Eric el Rojo.—En el año 1004, Thorwald, otro caudillo noruego, murió combatiendo con los Esquimales en tierras de Conneticut. Sus compañeros, al sepultar el cadáver, plantaron una cruz del lado de la cabeza y otra hacia los piés. Estas cruces se erigieron en América, quinientos años antes que las de Colón.—("A Popular History of the United States of América", by W. Cullen Bryant and Sidney Howard Gay. New-York, Scribner 1876).

(2) Hemos examinado en Nuremberg el globo original de Martín Beháim construido en 1492, y del que posee una excelente copia la Biblioteca Nacional de París. En él se ven las costas occidentales de España, Portugal y Africa, al mismo tiempo que las extremas orientales del Asia; lo que no es dable conseguir en los globos modernos.

(3) Los errores son las soluciones transitorias dadas á los difíciles problemas que plantea cada período histórico.

Importa proclamarlo muy alto. Al reconcentrar Colón en su cabeza, como en un espejo ustorio; las teorías, hechos y opiniones cosmográficas de las generaciones que le habían precedido; al organizar con esos *membra disjecta* un plan de interna consistencia lógica, con diafanidad explicado al comienzo de la «Historia» escrita por su hijo; y sobre todo, al poner ese plan en ejecución á despecho de las infinitas dificultades que durante diez y ocho años le cerraron el camino, mereció, según las inspiradas estrofas de Schiller, que le saliera al encuentro entre blanquísimas espumas oceánicas y con la aureola de su virginal belleza, un espléndido nuevo mundo, que había de ser el imperecedero monumento de su imperecedera memoria. (1)

III.

Asombro causa, que algunos novísimos historiadores de América se valgan de vocablos reñidos con la ciencia, é incurran por añadidura en inexplicables equivocaciones.

Llaman *Tenebroso* al Atlántico, cuando entre Cádiz y las costas de Cumaná, única zona que el Almirante hubo de recorrer en sus cuatro derroteros, siempre encontró un mar radiante de luz. Por vez primera usó aquel calificativo el mahometano Edrisi en el siglo XII, é imitaronle todos los posteriores geógrafos árabes; pero los cristianos nunca se sirvieron sino de las denominaciones *Océano Atlántico*, *Mar Occidental* ó *Mar Océano*, conforme resulta de las colecciones cartográficas de Jomard y del Vizconde de Santarem, y según puede verse en el célebre mapa-mundi de Juan de la Cosa, conservado en el Museo Naval de Madrid.

También narran sin buen criterio los aludidos escritores, que Colón ansiaba arribar al misterioso continente, cuya *perenne visión mental* le perseguía; pues es de notoriedad que partió con las tres carabelas, *no en busca de un nuevo mundo*, sino *de un nuevo ca-*

(1) Nusstro dulce poeta D. Rafael María de Mendive tradujo hace años los versos de Schiller, en un bello soneto castellano.—El célebre Giácomo Leopardi, en un fingido diálogo entre Colón y uno de sus marineros, pocos días antes de llegar á Guanahaní, pone en boca del Almirante estas palabras:—“A veces me pregunto: ¿Sabes acaso si todas las partes del mundo son entre sí semejantes? ¿No podría suceder que la que buscas estuviese inhabitada? Y si lo está, ¿cómo asegurar que es por hombres, y no por algún nuevo género de animales inteligentes? La naturaleza está provista de tal potencia, y sus efectos son tan variados y múltiples, que no es dable prever lo que en estos remotísimos é ignotos parajes haya podido crear.

mino, más corto que el escogido por los portugueses, para llegar á la India. (1)

Wínsor, Kéndall Adams y otros. confunden la personalidad de Fray Juan Pérez, prior de Santa María de la Rábida, con la de Fray Antonio de Marchena. recomendado á Colón por la Reina Isabel á título de experto astrónomo, para que le acompañara en su segundo viaje.

Tampoco se han fijado varios biógrafos en el hecho no desprovisto de interés, de que al abandonar Colón á Lisboa para ofrecer á los Monarcas Católicos su proyecto, no se encaminó directamente al Convento de Palos, sino que *antes* acudió al Duque de Medinaceli, y luego á la Corte de Castilla. No habiendo encontrado en ésta por entonces buena acogida, dirigióse á Huelva para dejar á su hijo en casa de un pariente, y seguir sin demora á Francia; más al pasar por la Rábida se detuvo á pedir un poco de agua y pan en la portería, y con lo que allí hubo de ocurrirle desistió de salir de España.—Que la excursión á la Corte *precedió* á su visita al Monasterio, lo escribe D. Fernando Colón; (2) lo revela la carta de Medinaceli al Cardenal Mendoza; lo declararon en el pleito del segundo Almirante D. Diego con el Fiscal del Rey, dos testigos jurados; uno de los cuales fué el médico García Fernández, que había asistido en Palos á las conferencias del hombre *de la capa raída* con Fray Pérez y Martín Alonso Pinzón; y en fin, lo ha reconocido virtualmente la Sra. Pardo Bazán, al ensalzar á la Orden franciscana en el Ateneo de Madrid, con la unción y delicados colores, con que pintaba sus místicos cuadros Beato Angélico. (3)

En grave error inciden, los pocos que hoy arrojan, á guisa de baldón, sobre el rostro del Virrey de las Indias, el epíteto de *cor-*

(1) Narran algunos escritores extranjeros, que como el Fiscal del Rey fundaba sus pretensiones en el pleito con D. Diego Colón, en que otros marinos habían descubierto el nuevo continente antes que el gran Almirante,—el tribunal falló á favor de D. Diego, para salvar los derechos de la Corona de España, amparados con la Bula sobre la línea de demarcación entre ambos polos.

(2) Mr d' Avezac, miembro del Instituto de Francia, impugnó el libro de Mr. HARRISSE "Fernando Colón, historiador de su padre."—En ese libro desenvolvió el escritor norte americano, las siguientes ideas emitidas por D. Juan Bautista Muñoz desde 1793, en el Prólogo de su Historia del Nuevo Mundo:—"La traducción italiana hecha por Alfonso de Ulloa de la vida del Almirante escrita por su hijo, *está plagada de erratas, y puede inducir á error á quien carezca de sagacidad y crítica.*"

(3) D. Tomás Rodríguez Pinilla, en una serie de artículos dados á luz en la "Revista Occidental" de Lisboa el año de 1876, y en su obra posterior "Colón en España,—ha demostrado que el Genovés antes de ir al monasterio de la Rábida, estuvo en la Corte de Castilla. A esta verdad se han adherido Mr. HARRISSE, el Sr. Fernández Duro y el alemán Cronau.

sario, cuya profesión parece haber ejercido en su juventud.—Los que en el siglo XV se dedicaban *al corso*, lejos de alcanzar reproches, cosechaban, cuando tenían éxito, ruidosos aplausos. Para sobresalir en esas correrías marítimas, condenadas hoy con sobra de razón por el derecho de gentes, excepto en caso de guerra y autorizadas por las naciones beligerantes, necesitábase desplegar suma astucia, valor denodado y gran pericia náutica, á fin de conseguir la victoria, y cen la victoria el botín; y los que con esta clase de triunfos se enriquecían, la opinión los equiparaba en cierto modo con los *condottieros italianos*, de los que, entre varios que adquirieron universal nombradía, uno, Francisco Alejandro Sforza, se sentó en el trono ducal de Milán; mientras otro, Carmagnola, pudo figurar de héroe protagonista en uu drama de Manzoni.

Niegan los de la escuela mística francesa, apasionados por la beatificación de Cristóbal Colón, que su hijo Fernando naciese fuera de matrimonio; y apóyanse, en que por testamento le llamó su padre en segundo lugar á la posesión del Mayorazgo que había fundado, en el evento de que muriera sin sucesión D. Diego, el hijo primogénito legítimo. Robustecen la defensa de la no bastardía de D. Fernando, con el hecho de haber entrado de paje en el palacio de la Reina Isabel, severísima en lo tocante á buenas costumbres.

Veamos qué preceptuaban las leyes entonces vigentes, y cual era en la práctica la moral de aquellos tiempos.

Problemáticos resultaban por la legislación de las Partidas los derechos de los hijos naturales para suceder en el Mayorazgo del padre; más la ley 27 de Toro permitió á los fundadores vincular, á falta de descendientes legítimos, entre los ilegítimos «que hubiesen derecho de los poder heredar»; y numerosas veces se procedió así, antes de promulgarse dicha ley, que en esencia vino á dar sanción á una práctica ya establecida. Esto, en cuanto al derecho escrito. (1)

(1) «Por quanto vos D. Cristóbal Colón... nos suplicastes y pedistes por merced, que vos diésemos nuestro poder e facultad para facer e establecer de vuestros bienes... uno ó dos mayorazgos... vos damos licencia e facultad para que cada e quando vos quisieredes... por simple contrato ó manda, como por donación entre vivos, e por codicilo, ó en otra manera qualquiera... podades facer Mayorazgo;... e que el dicho mayorazgo podades facer e fagades en D. Diego Colón vuestro hijo mayor legítimo. ó en qualquiera de otros hijos, heredero que hoy día tenedes ó tuviéredes de aquí adelante. E en defecto ó falta de hijos, en uno ó dos de otros parientes ó otras personas que vos quisiéredes e bien visto vos fuere.» (Navarrete, colección de viajes, tomo II, pág. 223.)—Según se vé, los Reyes otorgaron al Almirante autorización para llamar al goce del mayorazgo á quien le viniera en voluntad.

Respecto á las costumbres, hacen caso omiso los santificantes de Colón del canceroso influjo que ejercieron en la Península las guerras seculares y la mezcla de razas, tanto en la organización interna de la familia, como en lo íntimo de las conciencias. Así no causa maravilla que D. Diego Colón tuviera dos hijos con dos distintas mujeres solteras; que el Comendador Mayor de Segura y Señor de Maqueda, casase con D^a Teresa, hija bastarda del Almirante viejo de Castilla; que D. Alonso de Aragón, Duque de Villahermosa, fuera hermano natural del Católico Rey D. Fernando; y que, según expuso el Sr. Fabié en el Ateneo de Madrid, el Cardenal Mendoza, siendo obispo, tuviera, entre otros hijos, al Conde de Tendilla, Embajador de España cerca de la Santa Sede, á quien cupo el honor de tremolar el estandarte de la Cruz en la torre de la Vela, cuando la toma de Granada. En conclusión: la bastardía no era en el siglo de los Borjas un estigma afrentoso legal ni social; y por tanto, D. Fernando Colón, aunque nacido fuera de legítimas nupcias, no como quiera pudo ser y fué paje palatino, sino que estuvo en aptitud de ocupar los más altos puestos del Estado. (1)

IV.

¡Cuántas y cuántas observaciones no sugiere el estudio de la historia de América!

Italia, madre de Cristóbal Colón, de Juan y Sebastián Caboto, y de Américo Vespucio, no ha poseído ni posee un solo metro cuadrado de tierra en el Nuevo Mundo; sin duda porque las incomparables expediciones de sus hijos se verificaron fuera de su palio, y bajo extranjero pabellón. (2)

(1) Las leyes francesas excluyen al bastardo del mayorazgo paterno.—Que Don Alfonso de Aragón, muerto en 1489, era ilegítimo, lo narra el Dr. Lorenzo Galíndez de Carvajal, en sus "Anales breves del reinado de los Reyes Católicos."—Notorio es que el Rey D. Fernando V tuvo prole fuera de su matrimonio.—El cura de los Palacios, en el tomo 1^o, cap. 14, pág. 34 de su Historia de los Reyes Católicos, edición de los Bibliófilos Andaluces, dice: "los Reinos de Castilla pertenecían de derecho claro á los hijos del Rey D. Pedro; mas por oculto juicio de Dios, los poseen hoy los descendientes del Rey D. Enrique su hermano, *aunque bastardo*."—Véase también á Garibary, "Los XL libros del Compendio historial de España," Anveres, Plantino, 1571;—Ferrerías, "Synópsis histórico-chronológica de España," Madrid, 1775;—y el artículo "Los hijos de los Reyes," en el "Almacén de frutos literarios," Madrid, 1818.

(2) Si Italia no ha podido conquistar segunda vez el mundo, ha duplicado su extensión con los descubrimientos de Marco Polo, Colón, Vespucio y Caboto.—El apellido *Colón* tiene en España antiguo abolengo. En una donación de García III de Navarra á la Iglesia de Tudela en 1135, fué tettato Dom Colón. En 1334, Ferrer Co-

América, ¿quién imaginarlo podía? fué considerada largos años un estorbo, un obstáculo para llegar á las asiáticas regiones cuyas riquezas había ponderado Marco Polo, y parte de las cuales ya explotaban los portugueses. Esta especie de hipnotismo se desarrolló con febril intensidad. Adelantóse Colón el primero, para buscar, aunque sin éxito, el anhelado paso por las cercanías de Chagres. También registraron la costa norte-americana los Cabotos á la latitud de 67 grados; y si hubiesen encontrado allí un estrecho entre el Atlántico y el Pacífico, el viaje de Europa á China hubiera sido *tres veces más corto* que por el istmo de Panamá. (1). Con igual objeto examinó el piloto Pineda el Misipí, llamado rio del Espíritu Santo; y Juan Diaz de Solís, la anchurosa boca del Plata. En 1520 cruzó Magallanes del uno al otro Océano; y sin embargo el Emperador Carlos V ordenó á Hernán Cortés en 1524, que con idéntico propósito inspeccionará el litoral del Pacífico; y lo mismo previno por la parte superior del Atlántico á Estéban Gómez, quien sin fruto alguno visitó las costas de Tarranova y del Labrador, y de un modo especial la boca del San Lorenzo y la bahia de Chesapeake.

Redújose el final resultado de estas pesquisas, á que si el estrecho Magallánico recibió el nombre de *Via española*, y el cabo de Buena Esperanza el de *Via portuguesa*, la primera tardó poco en quedar abandonada y sustituida con el istmo de Panamá; que sirvió por varios siglos para el tránsito de las mercancías enviadas de Europa al Pacífico y á Oceanía, lo mismo que para las remesadas en contraria dirección.

V.

¿Por qué no colonizó Castilla el inmenso territorio hoy ocu-

lón fué obispo de Lérida. ("Ensayo histórico-etimológico-filológico sobre los Apellidos castellanos", por D. José Godoy Alcántara. Madrid, 1871).—En las colecciones *sigilográficas* de España, Francia é Inglaterra, correspondientes á los siglos XIII, XIV y XV, no hemos encontrado un solo sello *con iniciales sueltas*. Abundan por el contrario en los de Italia, así éntre los eclesiásticos como éntre los seculares, generalmente en torno de una cruz; lo que parece sirvió á Colón de norte, para las letras que antepuso á su firma. Por vía de ejemplo, vamos á citar tres sellos reproducidos en la voluminosa obra "Archives de l' Empire" (París, Plón, 1868, vol. 3.) El marcado con el número 11,665, de Raimundo Flisco, Conde de Lavagnia, acuñado en 1392, tiene un escudo sostenido por dos leones y coronado con un Agnus Dei, al que rodean estos caracteres góticos R. D. C.—El número 11,716 del año 1299, perteneciente á Rinaldo, obispo de Vicenza, en el que hay un libro abierto con estas mayúsculas: I. PAT. OIAS.—El número 11,754, del año 1432, con esta leyenda: † S. NICOLAI MARCH. ESTEN....D....P. SA....IC.; lo que significa *Sigillum Nicolai Marchionis Estensis, Domino Christo*,.... el resto no acertamos á descifrarlo.

(1) Elisée Reclus, "Amérique Boréale". París, 1890.—Magallanes, después de pasar el Estrecho, navegó *tres meses y días* por el desierto del mar Pacífico sin encontrar más que dos estériles islitas, hasta que llegó á las llamadas de los Ladrones.

pado por la República de Washington? (1) Culpa no fué por cierto de sus intrépidos marinos. A la inversa: en el gran mapa delineado por Diego Ribero en 1529, léese entre el Missisipí y la Georgia, la inscripción *Tierra de Garay*; y más al nordeste, dentro del perímetro de las dos Carolinas, este otro letrero, *Tierra de Ayllon*. Sabemos también, que Luisiana, Alabama y Florida fueron descubiertas por Ponce de León y Hernando de Soto, amén de haberse internado Cabeza de Vaca con otros caudillos españoles, venciendo obstáculos que para espíritus ménos heroicos hubieran sido insuperables, hasta la semifabulosa ciudad de Cigola en el riñón de Nuevo Méjico. (2)

¿Por qué pues, insistimos en preguntar, no se posesionó España de ese vasto espacio del nuevo continente? Por dos razones del órden económico y social.

En el siglo quince y en el siguiente, arriesgábase la vida por lograr riqueza; no cual lento fruto del trabajo y del ahorro según la doctrina de Adam Smith, sino la representada por los metales preciosos, la adquirida rápida é inmediatamente. El judío Moisés Jaime Ferrer aconsejaba á Colón que se avecinara todo lo posible á la línea equinocial, porque la acción directa del sol engendraba oro y plata en las entrañas de la tierra. Vulgarizadas tales teorías, las expediciones tenían por objetivo encontrar países abundantes en aquellos metales, y mares abundantes en perlas; y como Estéban Gómez, al recorrer el litoral anglo-americano sólo vió playas arenosas bajo una temperatura casi glacial, engalanó su mapa con este conciso renglón: *tierra de ningún provecho*.

Por otra parte, la población y los recursos de Castilla habían sufrido terrible desmedro con su secular cruzada; con la expulsión de los judíos y moros; con las empresas bélicas en Europa; y con los desembolsos que exigía la conservación de sus establecimientos en las Antillas, Nueva España, Castilla del Oro, Perú y Chile. Escaseando los hombres y el dinero, no era cuerdo desa-

(1) La República fundada por Washington, ocupa hoy *la quinta parte* de toda la América. (Vivien de Saint Martín, "Bulletin de la Société de Géographie de Paris").

(2) El alemán Breusig censura de un modo agrio á Colón en la "Revista Contemporánea de la Geografía Científica" por no haber anotado en su Diario de navegación un solo grado de latitud; y porque al hacerlo cuando llegó á las islas descubiertas, erró tanto, que asignó á Cuba 42 grados en lugar de 21.—El Doctor Sophus Ruge atribuye á la impericia de Colón, la incertidumbre sobre la verdadera Guana-haní. Mas el profesor Geleich, en sus "Apuntes para la Historia de la época de los descubrimientos", insertos en los "Anales de la Sociedad Geológica de Berlín", exculpa al Genovés de los referidos cargos con razones muy sólidas, pero demasiado extensas para explicarlas aquí.

tender lo que poseía, por la loca ambición de colonizar la región septentrional de este hemisferio, máxime cuando sus naturales producciones parecían ménos codiciables que las de la zona tropical.

VI.

Empéñase la curiosidad pública en inquirir los motivos que han inducido á España á conmemorar este cuarto Centenario, no habiéndolo hecho con los tres anteriores.

Atribúyelo el Sr. Valera á la circunstancia de haberse puesto los Centenarios de moda; pero sus causas determinantes han sido otras ménos baladíes.

Cuando los antiguos colonos de Norte-América fueron reconocidos en 1783 por la Gran Bretaña como nación independiente, su primer acto deliberado consistió en llamar *Colombia* el suelo que acababan de regar con su sangre; en apellidarse *colombianos* ó hijos de Colón; en sustituir el británico «Dios salve á la Reina,» con el canto nacional de la Confederación, *Salve ó Colombia* (Hail, Columbia); y por último, en la entusiasta recordación popular del descubrimiento de América, verificada en Octubre de 1792. (1)

Si esto aconteció en la nueva República cuando apenas estaba constituida, ¿cómo no había de conmemorar el propio suceso en 1892, fecha en que su maravilloso engrandecimiento movió al profundo filósofo inglés Herbert Spencer, después de haberla visitado, á declarar «que la Historia jamás había ofrecido el espectáculo de un pueblo que se le igualase en cultura,» miéntras el señor Cánovas vaticinaba en el Ateneo, que el porvenir parecía reservar á la América la hegemonía universal? (2)

Pues bien. Estas lógicas presunciones rompieron su crisálida á mediados de 1887, en que el representante del Gobierno de Washington manifestó al de Madrid, que aquél se apercibía para solemnizar el cuarto Centenario. España contestó desde luego, que tenía resuelto tomar la iniciativa en esa festividad, y concurrir á cualquiera demostración análoga que se verificase en América.

(2) Véase: José Silverio Jorin, «Cristóbal Colón y los Estados Unidos de América.»—Habana, 1884.

(2) Análogo vaticinio respecto al porvenir de América hizo D. Rafael María Baralt desde 1850, en la Oda laureada por el Liceo de Madrid, y que dedicó á nuestro meritísimo literato D. Domingo del Monte.

Pero hubo algo más. Nuestro Gobierno determinó aprovechar esta ocasión, para la noble idea de unificar los propósitos de cuantos hablan la lengua de Cervantes; y para ligar á su antigua madre patria las 16 naciones de nuestra raza que independientes existen en América, con los diamantinos vínculos de afecto, mútua consideración y fomento de sus respectivos intereses; sellando á la fáz del mundo este acto trascendental de concordia. (1)

VII.

Adrede hemos guardado silencio sobre los conquistadores de las Indias, (2) para no abusar de la benevolencia de este ilustrado auditorio con una excesiva prolongación de la velada; y además porque hoy se conmemora el descubrimiento, y no la conquista ni la colonización.

En cambio, séanos lícito decir algunas palabras acerca del carácter del personaje á quien debemos el hallazgo de América, por su bien pensado viaje al Asia.

Sus biógrafos han prescindido de tomar en cuenta el decisivo influjo que ejercieron sobre él, Italia por ser su cuna, y España por haber sido el teatro de sus triunfos y desdichas.

Las cualidades características de Italia en el siglo quince, fueron la astucia, (3) la energía individual y la brillante imaginación; y si se analiza á Colón con detenimiento, adviértese que en el hombre interno bullen por atavismo pátrio aquellas especiales dotes; y á tener tiempo, fácil nos sería patentizarlo en muchos episodios de su vida.

En cuanto á España, permítasenos recordar con el Sr. Cánovas, «que fué la nación mística, que después de pelear siete siglos contra infieles, encendió las hogueras de Torquemada; combatió en Mulberg contra el protestantismo; y emprendió una guerra de

(1) ¡Cuántos juicios contradictorios en un brevísimo espacio de tiempo!—Mientras España ensalza y atrae á las Repúblicas Hispano Americanas, el Sr. Menéndez Pelayo estampa en su libro «La Ciencia Española» (P. 268), estas frases: «Sembramos en el nuevo mundo á manos llenas, religión, ciencia y sangre, para recoger más tarde cosecha de ingrátidos y deslealtades, propia fruta de aquella tierra.»

(2) En la creencia de que lo descubierto en este hemisferio cis-atlántico formaba parte del Asia, se le aplicó la toponimia geográfica de este último continente. Y como en la Edad Media se distinguía la *India Prima* confinante con la Persia, de la *India secunda* que ocupaba el actual Indostán, y de la *India tertía* ó Transgangética que lindaba con la China,—se usó en plural la denominación de esas tres regiones. (Lelewel, «Géographie du Moyen age», Bruxelles, 1835.)

(3) Nadie se escandalizaba en tiempo de Machiavelo, porque se emplearan medios perversos para conseguir un propósito.

ochenta años, para castigar el que una de sus provincias se hubiese dado á la heregía.»—(1) En un pueblo de tales condiciones, —¿qué otro recurso quedaba á un desconocido extranjero que mendigaba ayuda y protección, sino exagerar su catolicismo bajo todas las formas? De esa base fundamental provienen: su frecuente trato con los frailes y los magnates palatinos; que plantara cruces en el nuevo mundo, en vez de los blasonados padrones de piedra levantados en Africa por los portugueses; que en casos de inminente riesgo de la vida, hiciera y cumpliera la promesa de ir en romería á devotos santuarios, descalzo y en camisa; que adoptase por antefirma varias iniciales hagiológicas, desde su investidura de Almirante; y en fin, que con reiteración ofreciera donar la cantidad necesaria, para enviar cincuenta mil infantes á la conquista del Santo Sepulcro.

Los novísimos biógrafos que se consideran en el deber de juzgar con austero sentido al hombre que culmina en la historia de los dos hemisferios de nuestro planeta; y que insisten en estimarle formado de vulgar arcilla, desde que provocó con el Repartimiento de los Indios la esclavitud y destrucción de estos infelices,—aplican por modo inconsciente el criterio del siglo XIX, á procedimientos determinados por ideas y sucesos que desaparecieron largo tiempo há;—olvidan que todo buen historiador debe convertirse en coetáneo de las generaciones que duermen en el sepulcro;—y no tienen presente, que al consultar los Reyes Católicos sobre la servidumbre de los indígenas á una Junta de letrados y teólogos, declararon éstos que el esclavizar á los Indios era inevitable efecto del deseo de aumentar el número de los fieles, y un medio de recompensar á los que los mantenían. Además, los Monarcas castellanos esclavizaron también á los moros que cayeron cautivos en el cerco, asalto y conquista de Málaga; y por último, á presencia de Carlos V, defendió la legitimidad de estos hechos, el Doctor Ginés de Sepúlveda contra Fray Bartolomé de las Casas.—Muy léjos estamos de aprobar tamañas aberraciones de los eternos principios de justicia; pero sí pretendemos explicarlas, á la doble luz de la fecha y del lugar donde surgieron. (2)

(1) Véase el tomo 19 de la Revista Española de Ambos Mundos, año de 1853.

(2) Justin Winsor escribe, que son tan violentas las opiniones de Goodrich contra Colón, que resultan sin valor alguno. Y la Revista de Edimburgo en el número de Julio último, lanza idéntica censura contra las apreciaciones de Winsor

En resúmen. Como en el ser humano se realiza el dualismo de la materia y del espíritu, no debe extrañarse que alternen en Colón los errores y las verdades, las sombras y la centellante reverberación de la inteligencia; aunque preponderando de tal suerte sobre sus flaquezas, lo extraordinario de sus cualidades y la elevación de sus propósitos, que ha merecido provocar en diez y seis ciudades, las sublimes envidias de disputarse su cuna.

Por lo que toca á sus acerbos críticos, cuádras de lleno la observación de Renán, *que los juicios carecen de valor fuera de su cuadro, y que el cuadro lo forma la época.*

VIII.

Voy, señores, á terminar.

Enaltecer á Colón, vale tanto como enaltecer á España, no en estos ó en aquellos de sus hijos, sino *colectivamente*. Juntos hicieron él y ella los esfuerzos para llevar á cabo la empresa inmortal; juntos compartieron sus incertidumbres y peligros; y de ambos tiene que ser la gloria de haber inaugurado *la Era moderna*, con las infinitas consecuencias de bienandanza y progreso, que envuelve la mera evocación de aquellas tres palabras.

Lamentable será que un pintor de grandes alientos, no perpetúe con su pincel el mayor suceso que han visto y jamás volverán á ver los siglos.

El divino Rafael Sanzio, después de haber representado en una de las célebres Cámaras del palacio de los Pontífices *la Sabiduría Cristiana*, mediante la congregación de los Patriarcas, Profetas, Apóstoles y Santos Padres de la Iglesia,—pintó en otra Cámara *la Sabiduría Gentílica*, asociando en variados y pintorescos grupos al rededor de los dos príncipes inmortales de la razón humana Platón y Aristóteles, los otros célebres filósofos que capitanearon las diversas escuelas de la Grecia.

¿Por qué no se atrevería alguno de nuestros eminentes artistas contemporáneos á reproducir con esplendentes colores, las semblanzas, trajes y armas de los que concibieron, prepararon y rea-

respecto al carácter del Almirante.—Poseía éste facultades especulativas y facultades activas: era al mismo tiempo un soñador, y un hombre de acción.

Cuando en su postrera visita al Rey viudo D. Fernando sólo obtuvo palabras y atenciones corteses, se retiró á Valladolid casi desesperado; cual se encamina un herido ciervo al charco de agua oculto entre los juncos. Su muerte, acaecida poco después, tuvo la majestad del infortunio.

lizaron el suceso que ha sido la causa primordial de nuestra actual civilización? ¿Por qué no resucitar sobre un vasto lienzo, á cuantos pusieron mano en el descubrimiento del nuevo mundo? Muy árduo es el empeño; pero gloriosísima sería también la victoria.—He dicho.

JOSÉ SILVERIO JORRÍN.



LA BIOGRAFIA DE HERBERT SPENCER.

SR. D. E. J. VARONA:

Distinguido amigo: Spenceriano antes de conocer á Spencer, muchas veces me he dado á buscar algún escrito que dijera algo del hombre, ya que soy aficionado á sus trabajos; pero solo noticias imperfectas habían llegado á mi noticia. Un amigo de New-York me remite el artículo publicado por William. H. Hudson en The Arena, Secretario que ha sido del gran filósofo, invitándome á que le traduzca, y después de cumplido el encargo; nada he creído mejor que aparezca en la Revista que Vd. dirige. Tentado estaba á no añadir por mi parte ni una coma á la biografía de referencia, más por un lado el egoismo de *desembuchar* algo de lo que he digerido de la doctrina de la evolución, y per otro el deseo de indicar datos que he recogido aquí y acullá, me determinan á esponer algunas consideraciones por cuenta propia.

Después del talento ingenito lo que más me cautiva del carácter privado de Spencer son estas dos notas culminantes: que ha permanecido soltero, y manifestado una aversión decidida á los títulos profesionales. El que no tiene bienes de fortuna y es pensador, hace muy perfectamente en ser solo; porque el pensamiento estendido á buscar los garbanzos en la lucha por la existencia, no solo para sí sino para la prole; se diluye en las encrucijadas de la vida. Se dirá que si esta doctrina se sustenta sería un mal para la especie, más aparte de que el considerable aumento de la población solo es útil á los Napoleones de la tierra, á las generaciones, pasadas ya no les importa un ardite nuestros

asuntos; y las venideras darían ménos contingente de materia explotable.

Respecto á los títulos profesionales, mejor que estenderme en consideraciones, le voy á referir parte de una correspondencia privada. Un sobrino político hermano de uno de los más notables oradores de Cuba me escribió hace meses, en estos términos con poca diferencia: "Tengo 21 años y me voy á podrir en este establecimiento donde no existe ningún medio de ilustración porque en este pueblo ni se reciben periódicos. «En política y en religión tengo ideas confusas; y no sé una palabra de lo que es administración. No poseo más conocimientos que los que me enseñaron en la escuela, y aunque he hojeado algunos libros de historia no sé lo que he leído, porque todo se vuelve hablar de batallas y de dinastías que me tienen perfectamente sin cuidado.» «Mi sueño dorado es poseer un título aunque fuera de veterinario, y por consiguiente le suplico que me mande libros y programas de la segunda enseñanza para estudiarlos aquí, y examinarme luego en esa.» Aunque el muchacho tiene condiciones poco comunes, la contestación no se hizo esperar. No pienses en eso, le contesté. «En una Universidad semejante á la de Baracoa, estudiaron el Marqués de Pinar del Río, Longoria, García Tuñón, del Valle, y hasta nuestro célebre Joglar. A tu edad Lincoln llevaba pasajeros en una lancha á los vapores que navegaban por el Misisipí, Garfield era labrador, y según me contó Mr. Rusk, actual ministro de agricultura de los Estados Unidos, éste tenía 28 años y todavía era conductor de coches. Hoy rigen el mundo los comerciantes y los industriales, poseen el dinero y la posición, por ellos se hace la guerra y la paz; y por último, ellos son los promovedores inconscientes del socialismo actual, como la iglesia y los mayorazgos fueron los promovedores de la revolución francesa.

Vuelve la hoja y verás cuanto abogado y médico se dedica á tomar el sol en el invierno y á ver atracar los vapores al muelle; tú has conocido muchos jueces y fiscales, y te has enterado de lo que dan de sí, toma el pulso intelectual al mayor número de los que poseemos títulos profesionales y verás que poca energía hay almacenada.» A correo seguido contestó persuadido de mis observaciones pidiendo al mismo tiempo que le ilustrara de la conducta que había de seguir para adquirir conocimientos, y aunque algo más difícil la respuesta, le indiqué el siguiente plan. «La vida ordinaria de los negocios es la principal fuente de informa-

ción, y el mejor manantial, el deseo de aprender. Como sabes bien la gramática castellana, estudia matemáticas hasta quemarte las cejas durante dos años, y ellas solas equivalen á la borla de doctor de la Universidad central. Estudia el idioma inglés, y la primera vez que puedas leer la edición de un domingo del Herald de New-York encuentras más substancia que si hubieras asistido diez años á las aulas. Como te dedicas al comercio, en los ratos perdidos lee un libro cualquiera de economía política aunque son mejores los escritos en la generación pasada como el de Garnier. Si deseas informarte del estado actual de las ciencias, compra las cartillas científicas compuestas para los niños por profesores ingleses que se llaman Huxley, Roscoe, y Balfour etc. que valen por ciento de otros países, y publicadas en castellano por la casa Appleton de New-York. Si deseas aprender historia y geografía, estudia primero las de tu pueblo, luego la de la Isla y más tarde la que más te convenga para los negocios. Si quieres saber cual es el régimen político de las naciones no le vayas á buscar en las constituciones por que nunca se cumplen, ni en las leyes escritas por que nunca se aplican; entérate por los periódicos liberales é independientes. Si deseas averiguar la moral de un pueblo no preguntes qué religión profesan, sino te enteras si el organismo judicial garantiza el derecho; y por último si deseas saber su estado de civilización, toma nota de lo que gasta en libros y revistas. Y no te importe vivir entre las palmas y los plátanos por que lo demás viene por añadidura. Cumple con los deberes de ciudadano manteniendo con valor tus opiniones políticas, pero con estas dos condiciones; no votes por ningún diputado cunero porque estos se rien de las ovejas pacientes, ni tomes las armas para defender ningún ideal político pues es cosa averiguada que el entusiasta pierde el pan y pierde el perro.»

En el desarrollo del sistema filosófico de Spencer han contribuido á manos llenas, la época, el medio donde ha vivido, y la ley de la herencia. Con el siglo XVIII se enterraron los antiguos ideales religiosos, políticos, y científicos; naciendo con un vigor extraordinario las ciencias de la química y de la electricidad engendrando la concepción mecánica del mundo, y sometiendo los fenómenos últimos de la materia á la balanza. Como la astronomía había encontrado la ley de la gravitación en el universo, y había concebido con Laplace la genesis del sistema planetario hundiendo la creación mosáica, los naturalistas buscaban la ley

particular que preside á la evolución terrestre; más los periodos geológicos de Cuvier dilataron su descubrimiento porque siempre la autoridad aunque sea la del sabio ejerce una funesta influencia sobre el progreso. Pero como realmente la concepción de las catástrofes de la tierra de Cuvier era un adelanto, él mismo sembró los gérmenes del primer problema legado á este siglo. Fundó las bases de la paleontología, y demostrando la existencia de los fósiles, siempre quedaba esta pregunta pendiente de la investigación de los naturalistas.» ¿Cómo es que aún de formas aberrantes los esqueletos descubiertos, no difieren esencialmente en estructura de muchos de los seres que viven en la actualidad? Y la idea de un plan uniforme desde abinitio através de todos los períodos, empezó á preocupar los espíritus.

El descubrimiento de América, un perfecto conocimiento de la superficie terrestre, los grandes viajes, la comunidad de ideas entre los pueblos á consecuencia de la libertad del pensamiento; la colección de animales y plantas en los museos, la modificación de las formas orgánicas bien por el cultivo, bien por los criadores de animales, ó bien cuando se trasladan á otras regiones; y por último la anatomía comparada que en medio de la diferencia de formas encontraba muchas semejanzas de estructura; todos estos hechos hacían sospechar á los naturalistas esta conclusión: «parece como si los animales y plantas que viven actualmente proceden por transformaciones sucesivas de las otras formas que se encuentran en las entrañas de la tierra, y parece también como si todas ellas tuvieran un parentesco común.» Y aquí se presentaba otro problema á la resolución de los sabios.

El registro de las bibliotecas, los viajes al corazón de la India y de la China, el estudio profundo de los diferentes lenguajes comenzaron á hacer entreveer á los filólogos que aquella confusión de lenguas de la antigua Babilonia no fué tan pronunciada para que no dejaran vestigios del origen común, penetraron en el estudio de cada idioma según se ha desarrollado en el tiempo, vieron como se habían conglutinado en la escritura partículas, que antes se escribían separadas, vieron muchas otras palabras contraídas y otras modificadas de tal modo que era difícil su filiación, vieron palabras estrañas que no se usaban en épocas anteriores; y los filólogos formulaban este otro concepto: «parece que el idioma de un mismo pueblo tomado entre dos épocas remotas ha variado obedeciendo á leyes especiales, y parece también que este fenó-

meno se presenta aunque en líneas más estensas, entre los idiomas que hablan pueblos tan diferentes como los orientales y los europeos.» Y el problema de la transformación del lenguaje en general se presentó sobre el tapete. El estudio profundo de la historia, y una observación atenta en las costumbres de los diferentes pueblos que hoy viven, muestran que en medio de diferencias enormes, tiene analogías comunes, muestran que hay formas políticas que se mantienen á través del tiempo, y si se penetra en los diferentes códigos se vé que hay más semejanzas de las que se encuentran en un examen superficial; y los pensadores comenzaron á sospechar: «parece que hay una ley que preside al desenvolvimiento de las sociedades humanas.» Y el problema social comenzó á entretener los ánimos.

La historia y la observación actual mostraban que pueblos colocados en una situación geográfica excelente, con magníficas instituciones sociales se van empobreciendo, mientras que otros que viven entre brumas y estepas desarrollan la riqueza de un modo extraordinario, y el problema de la economía política también bullía en las inteligencias.

Los físicos se habían encontrado con una sublime fuerza que llamaron electricidad, hicieron descubrimientos prodigiosos, la torturaron con sus carretes, la produjeron de mil modos sugetando al cálculo la acción de esta energía. La compararon con otras que se llaman luz, calor, magnetismo; y por último, las hicieron convertibles, esto es, con luz, hacían calor, electricidad, magnetismo; con calor hacían luz, electricidad, magnetismo, afinidad, y así sucesivamente, formulando el siguiente pensamiento: «parece que estas fuerzas son modos de una misma cosa.» Y el concepto de la unidad de la energía con su secuela de descubrimientos no soñados en épocas anteriores, sorprendió al mundo científico.

La química había enseñado á manejar las partes infinitamente pequeñas que constituyen los cuerpos minerales, á componerlas y á descomponerlas, había enseñado que los cuerpos orgánicos ó vivos están constituidos de elementos minerales, á lo menos según lo revelaba el análisis; pero como el demonio de la ciencia no se conforma solo con el análisis, sino que también necesita la síntesis; nadie osaba saltar la barrera que habían impuesto las tradiciones bíblicas. El hombre, decían, no puede hacer lo que la naturaleza; y el atrevido que intente hacer un cuerpo orgánico, los rayos de Júpiter cegarán sus ojos, porque esas son atribuciones

esclusivas de la divinidad. Y Berthelot en su laboratorio comenzó á construir cuerpos orgánicos de modo que no solo descubrió los que elabora la naturaleza, sino que enseñó á construir millones de ellos que la naturaleza por sí misma no elabora en la tierra, á lo menos tal como la conocemos en sus obras. Hé aquí otro problema que sorprendió al mundo sabio.

Los médicos biólogos viendo que sus antepasados habían empleado mucho tiempo discutiendo la generación espontánea, gastando mucha saliva y tinta, sumergiéndose en disputas escolásticas; echaron de mano de un instrumento que hasta entonces casi se empleaba únicamente en observar patas de moscas; comprendieron que sus amigos los químicos disponían de sus últimas partículas materiales para construir todos los cuerpos que les presentaba la naturaleza mineral, y se dieron á buscar las últimas partículas que presenta la naturaleza orgánica. Observaron que en las especies químicas siempre aparecía en último resultado un elemento que le llaman simple, y por extensión de método, vieron que las especies orgánicas siempre presentaban también en último resultado otros elementos irreducibles que denominaron células. Y el microscópio reveló á los biólogos todo un mundo nuevo, tan infinito, como el que el tubo de ensayo y la balanza habían mostrado á los químicos. He aquí otro campo bastísimo de la ciencia, que necesitaba explicación plausible.

Hasta el siglo 18, la filosofía solo conocía las manifestaciones del espíritu tales como aparecieron en el cuerpo de Aristóteles, Santo Tomás, Kant & y tal como ellos las interpretaban; pero los médicos comenzaron á fijarse en las manifestaciones del espíritu tal como se presentan en el cuerpo de los locos, de los idiotas, de los criminales; hallaron enormes diferencia de grado, y de comparación en comparación vinieron á averiguar que el espíritu de los niños se asemeja en muchas de sus manifestaciones al del salvaje, el de estas dos clases de seres, al de muchos animales que figuran en la escala superior de los vertebrados. Vieron que en muchos de los actos llamados instintivos hay manifestaciones que se parecen á las que se clasificaban como deliberadas, empezaron á seccionar las facultades del alma, y á provocar con el vistorí y con el reactivo, lo que se creía que era solo dominio de la voluntad del sugeto y de este modo derrumbaron un edificio secular que por más de dos mil años habían construido con trabajo titánico los filósofos. Y he aquí otro problema que importaba por todos los anteriores.

Y si no bastasen estas preocupaciones, un óptico de Munich llamado Fraunhofer, examinando la luz que pasaba por una estrecha abertura á través de un prisma de cristal, vió lo mismo que unos años antes, había visto otro físico llamado Vollaſton, que además de los colores del arco iris, el espectro del sol envía unas rayas negras que siempre conservan una posición respectiva, y un mismo número de ellas. Vió además que la luz de las estrellas, y la artificial que producen los hombres, cada una mandaba su espectro y sus rayas negras, cada luz en diferente posición; pero las mismas rayas negras, para cada luz. Y como ya sabían por otros físicos y por otros astrónomos que la luz que envían los planetas es luz reflejada del sol, y la de los planetas presentaban al prisma las mismas rayas negras que aquel; continuaron los experimentos y vieron que la tierra y todos los demás astros que existen en el universo, cuando envían luz emiten rayas negras, unas iguales y otras diferentes de las que se observan en las luces artificiales. Este asombroso descubrimiento les hizo comprender que cada cuerpo posée su lenguaje, faltando á los sabios solo hallar la clave de esas señales que envían los astros al infinito; y aun cuando esta clave la descubrieron Bunsen y Kirchhoff después que Spencer había mostrado al mundo su sistema filosófico, lo cierto es que era otro problema que preocupaba como los anteriores.

De cada ciencia y de cada investigador científico, surgían como por encanto nuevas verdades, nuevos conceptos, los hechos se amontonaban á millares; pero los grupos de interpretaciones se reunían en confuso tropel al modo de esas nubes esporádicas que preceden al alba. Les faltaba la trama, el hilo que guiara á los sabios por entre el caos de los fenómenos. Y no es porque ya no existieran gloriosas tentativas. El gran Humboldt había sintetizado la Descripción física del Mundo, Comte había formulado su clasificación de las ciencias, pero los resultados eran parciales, necesitábase una inteligencia más superior; y apareció el genio de Spencer en el medio de la libre Inglaterra.

Inglaterra es una nación que se eleva 5 codos sobre todas las de la tierra. Su situación geográfica, le permite recibir solo las frescas y saludables brisas del continente europeo, y rechazar los gases nefíticos emanados de sus caducos organismos sociales. El pueblo inglés está educado para la mejor de las libertades, que es la individual, hace muchos años; y al par de las instituciones de gobierno que siempre son imperfectas, se han desarrollado otras

de carácter privado que son las que realmente gobiernan la vida nacional. Este pueblo es además grave, enérgico, y activo, sus hombres políticos no teorizan mucho, pero son prácticos; y si no abunda el número de los llamados sábios, el coeficiente sólido de cada uno es superior. Sin más que contar á Bacon, Newton, Young, Davy, Faraday, los Herschel, Dalton; y en esta edad á Huxley, Darwin, Hooker Lyell, y Tyndall, nos basta para ver que los ingleses estudiosos han tenido bellos ejemplos que imitar. Después de las grandes guerras de principio de siglo habían pasado muchos de profunda paz, y la atención pública se dirigía á observar tranquilamente el progreso de las ciencias.

Y si el medio favoreció la inteligencia de Spencer, la ley de la herencia le proporcionó espedito camino. Procedía de una familia de librepensadores, y de conducta política independiente, así es que sus primeros pensamientos no tuvieron que luchar para desarraigar las ideas religiosas imbuidas en la educación del hogar, ni las fórmulas políticas aprendidas en los manifiestos de los partidos. Miéntras en la juventud de Spencer los ingleses se podían dedicar pacíficamente á estudiar los diferentes problemas del progreso, nuestros padres tenían que conquistar la libertad con las armas en la mano: la ciencia y la filosofía, con los libros de contrabando que se introducían del extranjero; y para la libre emisión del pensamiento habían de acudir á las desvencijadas casas donde los francmasones hacían sus signos cabalísticos: condiciones que nos han traído á un grado notable de inferioridad respecto á otros pueblos de Europa.

En una biografía de Spencer es muy conveniente hacer notar la parte que á cada pensador le ha tocado en la concepción moderna de la evolución, porque no solo entre el vulgo, sino hasta entre las personas ilustradas, se confunden lastimosamente los hechos. No hace muchos meses que un periódico de esta localidad tratando de definir lo que era la evolución, clasificaba entre los evolucionistas no solo á Darwin que lo fué en parte, y en el último período de su vida; sino á una partida de sábios de la antigüedad, Santos Padres & clasificación análoga á la que resultaría si llamáramos ingeniero electricista al primer griego que frotando el ámbar sobre el paño, vió que á cierta distancia atraía los cuerpos ligeros. El mismo Spencer ha empleado una gran parte de los mejores años de su vida en rebatir estas torcidas interpretaciones que han causado un doble daño: por un lado atribuyen-

do á Spencer lo que era producción de otros pensadores, y por otro negándole la prioridad en la concepción. Y todavía no hace dos años que yo me permití escribir una correspondencia en *The Popular Science Monthly* de New-York rectificando algunos de los conceptos erróneos que el editor de *The Times* había deslizado á cerca de la influencia de la filosofía de Spencer.

Cierto es que en muchos casos es difícil desentrañar el desarrollo sucesivo de los sistemas, ya que á la verdad se va por diferentes caminos; mas penetrando en el estudio podemos averiguar lo que á cada uno corresponde; eliminando los pensamientos que son comunes. Tengo para mí que así como á Darwin le fué permitido sintetizar sus bastos conocimientos de historia natural, formulando la gran ley de la selección natural en la lucha por la existencia, cuando leyó la obra de Malthus sobre el Principio de la Población; á Spencer le debieron sugerir la concepción de su sistema sintético de filosofía, primero; la idea de Milne Edwards acerca del desenvolvimiento del organismo animal. Este naturalista, viendo que según los animales ocupan un lugar más avanzado en la escala zoológica, así aumenta la heterogeneidad de las estructuras y la subdivisión de funciones, halló un paralelismo entre la economía vital y la economía social; y á este desarrollo del organismo animal le llamó: «división del trabajo fisiológico.» Después de este principio tan fructífero en resultados, lo que le ha servido como base de sus concepciones es el principio de von Baer, según vemos en un artículo publicado hace años y que se titula: «Porque me separo de Augusto Comte»; uno de cuyos párrafos es aquí pertinente. «Ahora se me permitirá indicar, dice Spencer, lo que realmente ha ejercido una profunda influencia sobre la marcha de mi pensamiento.» «La verdad entrevista obscuramente por Harvey en sus «Investigaciones embriológicas» percibida más tarde con mayor claridad por Wolf, y en fin definitivamente formulada por von Baer, (la verdad de que todo desenvolvimiento orgánico consiste en el paso del estado de homogeneidad al de heterogeneidad)—es el principio de que he sacado indirectamente las conclusiones á que definitivamente he llegado». «En todas las partes de la Estática Social se manifiesta una creencia dominante en las evoluciones del hombre y de la sociedad. Constantemente se manifiesta también la creencia que por el uno y por la otra, estas evoluciones están determinadas por la influencia de las condiciones incidentes, y por la acción de las

circunstancias. «A esta creencia agregó, que reconozco en este hecho que las evoluciones orgánicas y sociales, obedecen á la misma ley. «Confirmando mi creencia en evoluciones de órdenes diferentes, y determinadas en todas partes por causas naturales (evoluciones señaladas en otra parte de la Teoría de la Población, y en los Principios de Psicología) la fórmula de von Baer me ha servido de principio organizador.»

La he estendido á otros fenómenos además de los de la organización individual y social; la he aplicado en el último párrafo de un ensayo sobre la Filosofía del Estilo publicado en Octubre de 1852; en un ensayo sobre Las Buenas Maneras y la Moda, publicado en Abril de 1854; más tarde y con más atrevimiento en un ensayo sobre el Progreso, sus Leyes y sus Causas publicado en Abril de 1857. Más adelante he reconocido la necesidad de estender aún este principio, yo estudiaba entonces esas leyes generales de la fuerza, de las que resulta necesariamente esta transformación universal; reuní entonces todas estas leyes en una ley única; la de la persistencia de la Fuerza, descubrí en seguida evidente por todas partes una ley de disolución complemento de la ley de evolución; y en fin, determiné las condiciones (especificadas en el ensayo precedente) bajo las cuales la evolución y la disolución tienen lugar respectivamente. La filiación de estos resultados creo que es bastante manifiesta. El procedimiento ha tenido un desenvolvimiento continuo, y ha llegado á ser lo que es, por la aplicación de la ley de von Baer combinada con ciertas ideas que estaban en armonía con ella, la aplicación de la ley de von Baer á los diversos fenómenos que puede explicar.» Si mi pensamiento ha sufrido otras influencias, aseguro, que ha sido sin yo saberlo.» «Es posible, sin embargo, que influencias que ignoro, hayan obrado sobre mi entendimiento; y entre éstas, quizás se encuentre mi oposición á la misma doctrina de Mr. Comte: frecuentemente en el conocimiento de un sistema contrario, es en donde un pensador encuentra la ocasión de dar á sus propias ideas mayor precisión y un desenvolvimiento más continuo»...

Hago esta larga cita, en primer lugar porque dicho artículo está traducido al español, y como no tenemos la fortuna de poseer todo su sistema filosófico en nuestro idioma, estas esplicaciones son un punto culminante para fijarse entre nosotros la verdad histórica. En segundo lugar porque en esta declaración del autor

encontramos la profunda enseñanza de que la controversia es siempre fuente de nuevas investigaciones y rectificación de principios; y después porque nos pone en camino de comprender como los descubrimientos anteriores y posteriores á los conceptos de Spencer, encajaron naturalmente en la doctrina de la evolución.

Y la razón es obvia. Si en su primera obra «Estática Social» manifestaba una creencia en las evoluciones del hombre y de la sociedad, admitiendo también que estas evoluciones son determinadas por la influencia de las condiciones incidentes, y por la acción de las circunstancias; si acertó á ver más pronto que otros pensadores el alcance del principio de Milne Edwards, según el cual existe un paralelismo entre la economía de los organismos, y la economía social; y si le sirvió de fundamento para su filosofía el principio de von Baer en el que se establece la verdad de que todo desenvolvimiento orgánico, consiste en el paso del estado de homogeneidad, al de heterogeneidad, en este caso se halló frente á una gran síntesis de los conocimientos humanos. Porque si existe un paralelismo entre la división del trabajo fisiológico de los organismos, y entre la división del trabajo en las sociedades humanas; leyes paralelas han de presidir el desenvolvimiento de los unos y de las otras, resultando como corolario que el paso de la homogeneidad á la heterogeneidad ha debido presidir al desenvolvimiento de las sociedades.

Habiendo concebido estas verdades á priori, el trabajo del sociólogo se reducía á averiguar si el estudio de la historia de las sociedades humanas, proporcionaba tantos elementos de información como el bisturí y la reacción provocada, en la fisiología de los organismos. Y para esto no tuvo más que considerar primero los fenómenos que presenta la sociedad cualquiera que sea en virtud del carácter de los individuos que la componen, y segundo, estudiar las condiciones en que cada sociedad se desarrolla así en el tiempo como en el espacio. Y lo primero que vió Herbert Spencer fué que así como los organismos, las sociedades no comienzan á organizarse mientras no sufren cierto crecimiento, puesto que no puede existir división del trabajo allí donde hay pocos individuos entre quienes se ha de dividir. El crecimiento, á su vez tiende al progreso de la organización, y está bajo pena de la vida de la sociedad, trae consigo la complicación de estructuras que ejercen las diferentes funciones. Las estructuras no ejercen bien las funciones, mientras no haya un principio de integración entre las

partes; y de este conflicto resulta una consecuencia necesaria y es que la sociedad, en virtud de la integración, tiene que influir como un todo sobre cada uno de los individuos, así como cada uno de éstos ha de aportar su contingente á la naturaleza de la sociedad. El medio donde las agrupaciones viven, está siempre sufriendo perpetuos cambios ya geográficos, cosmi- cos, ó de relaciones entre las demás sociedades de todo género, y como han de adaptarse á estas condiciones externas si las agrupaciones quieren vivir; de aquí se sigue necesariamente que la cooperación mutua entre el individuo y la sociedad, ha de crear nuevos elementos de vida.

Pero Malthus había demostrado antes, que nacen infinitamente mayor número de individuos de los que pueden vivir, así es que, cuando el crecimiento en el número de los individuos y de las estructuras, llegan al límite de la lucha por la existencia ya sea entre los individuos de una misma sociedad ó entre sociedades diferentes; entonces han de sufrir profundas metamórfo- sis para adaptarse á las nuevas condiciones del medio. Acumulándose y complicándose estos conflictos, dan lugar al nacimiento de otras series de factores que son á su vez causa de nuevos cambios.

Y esta concepción; que así coordina el conocimiento no solo de la evolución que muestran las sociedades humanas en sus crecimientos, estructuras, funciones y productos de la inteligencia; sino también las rudimentarias formas sociales que presentan otras clases de vertebrados como algunas aves, los castores y varios antropoides; tenía que ser superior á cuantas se habían ideado, así como también debía incluir todas las teorías que en más ó menos se aproximaban á la naturaleza de las cosas.

Estas elevadas miras de un alcance filosófico al que no había llegado ningún pensador, repercutieron sobre el estudio de la Biología y de la geología, y por lo tanto las doctrinas de Lyell y Darwin resultaban como casos particulares de la ley de la evolución formulada por Herbert Spencer. A este propósito y á trueque de ser pesado, no puedo ceder á la tentación de citar dos textos que no tienen réplica, respecto á la prioridad de Spencer en el concepto de la teoría de la evolución en general. El profesor Huxley en un artículo titulado «De la Recepción del origen de las especies», dice en un párrafo: «...Y tengo que dar la misma contestación á los evolucionistas de la época entre 1851-58. En las filas de los biólogos, en aquel tiempo no tropecé con nadie excepto con el Dr. Grant del University College que apenas si se ocupaba de ella.

Fuera de estos hombres de ciencia, la única persona que yo conocía y cuya inteligencia y capacidad, me inspiraban respeto en aquel tiempo, fué Herbert Spencer que era un evolucionista completo. Le conocí en 1852 y desde entonces conservamos una sincera amistad no interrumpida.» El otro es una Carta de Darwin dirigida á Spencer, y que la copio íntegra:

DOWN 25 DE NOVIEMBRE DE 1858.

Estimado Señor: me permito darle las más expresivas gracias por el ejemplar que Vd. me envía de sus Ensayos: He leído algunos de ellos con mucho interés, y sus observaciones acerca de el argumento en general de lo que se llama teoría del desarrollo, me parece admirable. Yo al presente, me estoy ocupando de hacer un extracto de un trabajo mayor que se refiere al cambio de las especies; pero trato el asunto simplemente como naturalista, y no desde un punto de vista general, pues aunque así lo fuera no habría de mejorar el pensamiento de Vd. sino que por el contrario, me hubiera aprovechado de él con gran ventaja. Su ensayo sobre la Música me ha interesado también mucho por que á menudo he pensado sobre lo mismo, y he llegado próximamente á la misma conclusión aunque soy incapáz de descender á los detalles. Además, por una curiosa coincidencia la expresión (de las emociones) ha estado por muchos años germinando en mi mente á ratos perdidos, y estoy enteramente conforme con Vd. en que toda expresión, tiene algún significado biológico. Espero que me ha de valer mucho su crítica del Estilo, y dándole las gracias se repite de V. &—C. Darwin.

Y en el campo de la Geología se presentaba un fenómeno curioso. Hacía tiempo que Lyell había formulado el principio de la uniformidad (uniformitarianism) en los períodos geológicos, explicando los fenómenos de las épocas pasadas de la tierra, por las mismas causas que obran al presente, pulverizando con la lógica vigorosa de los hechos, la teoría de las catástrofes de Cuvier; la paleontología había adelantado lo suficiente para encontrar en la historia de la tierra, muchos grupos de especies que se habían sucedido unas á otras en los diferentes períodos de la existencia, Lyell mismo según confiesa, había leído con cuidado la teoría de Lamarck en virtud de la cual las especies se transforman por su esfuerzo para adaptarse al cambio de condiciones; y es más, á Lyell no le quedaba otro recurso que someterse á este dilema; ó

las especies han evolucionado gradualmente de alguna substancia embrionaria común, ó habían aparecido repentinamente en cada período, traduciendo literalmente la leyenda bíblica; dilema que colocaba á su inteligencia en una situación violenta; porque la primera hipótesis se oponía á sus creencias religiosas, y la segunda, era una protesta permanente de su teoría de la uniformidad de las fuerzas naturales.

Importa señalar este hecho por que Lyell en 1836 ya estaba preocupado de estos problemas, sin que la teoría de Lamarek satisficiera su espíritu. Y aquí de la influencia de las concepciones de Spencer. A la doctrina de la evolución, se conformaban los fenómenos sociales y los fisiológicos, la embriología (ontogenia) demostraba axiomáticamente la evolución del organismo individual, la teoría de Laplace explicaba la formación evolutiva del sistema planetario, la teoría de la uniformidad de Lyell explicaba por causas naturales y permanentes, la formación de las capas geológicas: ¿Qué cosa más natural que atribuir á una evolución semejante el desarrollo de las especies á través del tiempo? Y la paleontología (Phylogenia) cerraba el circuito de los problemas que afectaban á las ciencias naturales. Si la anatomía comparada demostró luego en los detalles la filiación de todos los organismos existentes en la actualidad, si la embriología comparada demostró luego la semejanza entre el desarrollo de los organismos actuales con los que se han sucedido en los diferentes períodos de la historia de la tierra; los investigadores ya no se extrañaban de las sorprendentes coincidencias, sino que consideraban los fenómenos como consecuencia de la teoría de la evolución. A decir verdad, en Lyell lo que influyó directamente en su conversión sin reservas, á las modernas doctrinas del transformismo, fueron sus estrechas relaciones de amistad con Darwin, y más que nada los abrumadores hechos de observación que presentaba siempre el gran humano á las objeciones de Lyell. No es extraño; lo semejante busca lo semejante, y en el último de los sábios citado más habían de influir los argumentos del naturalista que las concepciones del filósofo.

No es este el lugar de aquilatar lo que corresponde á Spencer ó á Darwin en la dirección del conocimiento, puesto que ya está completamente definido en la historia de la filosofía moderna, porque después de todo, si el primero concibió el sistema filosófico de la evolución, el segundo descubrió la ley de la selección

natural, que tiene en biología la misma importancia que la ley de la gravitación en mecánica. Como dice Huxley, Darwin proporcionó las armas con las que la teoría de la evolución ha vencido en toda la línea del campo de las ciencias naturales.

Pero todavía lo que distingue á Herbert Spencer de los grandes pensadores de todas las épocas, incluso Aristóteles; no es tanto por haber concebido la fórmula de la evolución para los fenómenos del mundo externo, como por haberla aplicado á los fenómenos del espíritu, y en este respecto no tiene igual. Fué en 1855, cuatro años antes que apareciera el «Origen de las Especies» de Darwin, cuando se dieron á luz los Principios de Psicología de Spencer, y en una época en que la teoría de la evolución era ridiculizada hasta por los hombres de ciencia; y si en el dominio de las ciencias naturales la doctrina era mirada con desprecio, en el de la psicología ni siquiera se prestó atención, pasando desapercibido el libro para la generalidad del mundo sabio. Esta obra forma época en la historia del pensamiento humano, y aunque Aristóteles había reconocido los dos aspectos de la realidad mental, no pudo concebir sino de un modo rudimentario el aspecto objetivo, puesto que en la antigüedad se desconocían los órganos donde se manifiesta el pensamiento. La estrecha conexión entre el estudio del pensamiento y el estudio del organismo, que ya se iba dibujando en el horizonte de la ciencia moderna, lo mismo que las otras concepciones de que hemos hablado, tomó forma definitiva en la inteligencia de Spencer, y fundó las bases de la moderna psicología, aunque no sin daño personal, porque pensamientos tan profundos y esfuerzo mental tan poderosos, no les obtuvo sino á costa de un reblandecimiento de la médula que por muchos años le ha tenido inactivo.

Por fortuna también para la doctrina de la evolución, en aquella brillante época en la que aparecieron las inteligencias de Mill, Lyell Huxley, Darwin y Spencer; Joule emitió la teoría mecánica del calor sustituyendo la idea de un fluido material, por considerar el calor como un modo de movimiento. Esta concepción produjo una verdadera revolución en las ciencias físicas, y ha sido el fundamento del edificio colosal que han levantado la física y la química en la época actual, sin precedente en la historia. Esta ley de la equivalencia mecánica del calor, favoreció el concepto de la evolución inorgánica, destruyendo por decirlo así la rigidez de los cuerpos simples de la antigua química, y permitiendo á la

inteligencia y á los instrumentos de la física penetrar en el mundo de los átomos.

Como conclusión á este bosquejo histórico no pudo ménos de recordar que en la primera edición del Orígen de las Especies, Mr. Darwin al fin del libro, indicaba que se proponía en un porvenir remoto ocuparse de aplicar la concepción del desenvolvimiento gradual, á los fenómenos de la inteligencia. El no sabía entonces que existían. «Los Principios de Psicología» de H. Spencer escritos cinco años antes; así es que en las últimas ediciones tuvo que modificar la proposición y confesar que en lugar de dejarlo para el porvenir debía mirar al pasado. En las conversaciones particulares Mr. Darwin se bromeaba consigo mismo cuando refería este episodio.

En una biografía de H. Spencer no puede pasarse en silencio las circunstancias á que se debe el que su sistema filosófico se haya desarrollado por completo. En la época que el escribió se leía muy poco, y los libros de mérito apénas si andaban en manos de los hombres científicos. En Inglaterra tuvieron escaso éxito pecuniario las publicaciones de Spencer, pero afortunadamente encontró en Los Estados Unidos un hombre generoso y entusiasta, que comprendió el alcance filosófico de la teoría de la evolución. El Profesor Youmans en 1856 quedó tan sorprendido al leer una exposición de los Principios de Psicología de Spencer hecha por el Dr. Morell en la Médico-Chirurgical Review, que inmediatamente mandó á Lóndres por un ejemplar. Desde entonces continuó leyendo con interés todas las producciones de Spencer hasta que en 1860 sabiendo que el filósofo se proponía publicar por suscripción la série de sus trabajos, le escribió ofreciéndole su ayuda y colocarle un gran número de suscripciones. A pesar de que tampoco en los Estados Unidos en aquella fecha, tenían mucho éxito pecuniario esa clase de publicaciones, y apesar de que dos años después, comenzó la guerra de secesión, el Profesor Youmans no solo le ayudó en la colocación de ejemplares, sino que fué un propagandista tan eficaz que hoy podemos decir que la mayor parte de los hombres ilustrados de la Unión son Spence-rinos; siendo la ciudad de Boston la que le cabe la honra de ser la primera que puso en planta los preceptos de Spencer sobre Educación, libro que desde 1861 es la base de la organización de la enseñanza en la gran república.

Cuando más entusiasmado estaba el profesor Youmans en

propagar las doctrinas del filósofo; tuvo noticias en 1865 que Mr. Spencer no podía seguir publicando las obras por falta de recursos, pues los rendimientos de venta no daban para abonar los gastos, habiendo un balance contra Mr. Spencer de 1,100 libras. Tan pronto como lo supo John Stuart Mill, le ofreció salir responsable de los gastos para que continuara la publicación, pero Mr. Spencer se negó rotundamente á admitir la oferta, consintiendo sin embargo, que Mr. Huxley, Lubbock y otros amigos se dedicaran á recomendar las obras, y á aumentar las listas de suscriptores.

Cuando tan desagradable noticia llegó á América, Mr. Youmans pensó que \$5,500 serían suficientes para resarcir las pérdidas y en pocos días aseguró á Spencer un crédito por valor de \$7,000 que sus amigos de América le dedicaban para que pudiese continuar sus estudios. Mucho temieron que aceptase el ofrecimiento pero se valieron del raro carácter yankee para escribirle una dedicadísima carta de la que fué portador el mismo Mr. Youmans, indicándole al mismo tiempo que si no aceptaba el crédito dicha cantidad quedaba sin dueño. Como dice John Fiske en un discurso pronunciado en the Brooklyn Ethical Association en 1890; y á quien oí la referencia que estoy citando; desempeñó la comisión con un tacto, que Spencer no pudo menos de aceptar la dádiva sin pecar de grosería, destinándola á estender sus investigaciones en sociología descriptiva.

Habana Julio de 1892.

GASTON A. CUADRADO.

HERBERT SPENCER. (1)

NOTAS BIOGRAFICAS

Ocupando el nombre de Herbert Spencer uno de los lugares más prominentes en la época actual, es curioso observar que si se le conoce como filósofo, hay pocos que tengan noticia de su carácter como hombre. Para llenar este vacío se escriben estas líneas que han de leer con interés los que han estudiado sus obras. En realidad, durante su larga carrera en la vida, no se encuentra cosa alguna de extraordinario, y solo vemos en su biografía, la historia de un hombre que ha luchado contra dificultades casi insuperables hácia la consecución de un vasto plan impulsado por una noble ambición, y por lo tanto más que la historia de un hombre excepcional, encontramos en sus trabajos un desarrollo gradual de ideas que han tomado lentamente carta de naturaleza en el objeto que se había propuesto. Y aunque sus escritos revelan uno de los mayores esfuerzos de inteligencia de que es capaz el genio humano, su principal mérito escriba en que ha sabido dar á los detalles ordinarios del mundo fenomenal una importancia á la que nadie había llegado.

Herbert Spencer nació en Derby, Inglaterra, el 27 de Abril de 1820. Su padre, maestro de instrucción primaria, era un hombre de un carácter enérgico, poseyendo vastos conocimientos y de ideas originales. En las materias que se refieren á su profesión, se adelantaba mucho á su tiempo, exponiendo métodos que ahora empiezan á adoptarse en la práctica de la enseñanza. Par-

(1) Herbert Spencer: A biographical sketch by Willian Henry Hudson.
(The Arena February, 1892.)

ticularmente, él consideraba mayor importancia cultivar la independencia de juicio y de pensamiento, excitar el interés y nutrir las facultades reflexivas, que cargar la memoria del niño con el farrago de lecturas de los libros de texto. Su entusiasmo por la enseñanza hizo de él un hombre de poderes intelectuales bien equilibrados, en lugar de convertirle en una enciclopedia andando, de ninguna utilidad práctica.

Es necesario tener en cuenta esta circunstancia, porque los métodos del padre ejercieron una inmediata influencia en el espíritu del joven Herbert. Durante su niñez fué de naturaleza tan pobre, que sus padres abrigaban pocas esperanzas de lograr que llegara á la edad adulta, más á medida que fué creciendo ganaba en salud y vigor. Probablemente debido á su constitución débil, y á las ideas de su padre opuestas á todo lo que sea obligar á los niños á aprender sin voluntad, y que en este caso hubiera sido fatal para el hijo, fué por lo que á su edad y comparado con otros niños no tenía facilidad para adquirir conocimientos. A los siete años, y cuando ya su contemporáneo John Stuart Mill se había familiarizado con el latín y el griego, Spencer empezaba á saber leer; y aún después no parece que mostrase mucha afición á los libros, como frecuentemente sucede con los que en adelante han de ser literatos. Es digno de observación que en el primer libro que fijó su atención fué en el «Sandford and Merton»—libro de moral que ha influido por mucho tiempo en la juventud inglesa.

Cuando más tarde el padre de Spencer dejó su escuela para dedicarse á la enseñanza privada, envió á Herbert á un colegio de la localidad con objeto de que continuase su educación, pero en este nuevo medio demostró poca aptitud para ser un buen discípulo. Era inquieto, prestaba poca atención, holgazán, impaciente cuando se le obligaba al trabajo, y con tendencia ingénita á hacer su voluntad, revelándose siempre contra las costumbres y disciplina del colegio, manifestando una marcada repugnancia á la rutina de la enseñanza oficial. No podía tolerar que se le hiciera aprender una lección de memoria, y era por naturaleza refractario á admitir las proposiciones tan solo por que constasen en los libros. Se dice que nunca pudo recitar correctamente lo que había aprendido por rutina, pero al mismo tiempo se mostró pronto superior á todos sus compañeros en los asuntos que exigen observación, pensamiento y raciocinio.

Entre tanto y como es común en estos casos, su verdadera

educación la iba consiguiendo fuera de las paredes del colegio, y pronto se distinguió por una afición al estudio de la naturaleza en sus variadas manifestaciones, pasando la mayor parte del tiempo en los días de fiesta haciendo excursiones por el campo en busca de especies para su herbario, y sus colecciones entomológicas; pero además de esto las condiciones de su casa eran las más favorables al desarrollo de su espíritu. Su padre recibía semanal y mensualmente las principales publicaciones de medicina, ciencias y literatura, y en éstas se le permitía á voluntad que pasara las horas. Todavía más importante que la lectura de estos diversos asuntos, eran las conversaciones de sobremesa á que su padre era aficionado, y que él escuchaba con interés. Los hermanos del padre, todos hombres de gran inteligencia, educación esmerada, de elevadas ideas, y radicales así en religión como en política; estaban acostumbrados á discutir en familia y con entera independencia de juicio los más importantes problemas del día, y allí el joven Spencer se habituó desde muy niño á tratar todas las cuestiones que se refieren al mundo exterior y á la religión. En un tiempo cuando los de su edad estaban obligados sobre todas las cosas á respetar la tradición, Spencer respiraba una atmósfera de la más libre discusión; y en esta dirección claro es que se afirmaba naturalmente su tendencia ingénita hacía las investigaciones originales, así como á odiar todo lo que se acepta por simple autoridad, por más que ésta proceda de buenas fuentes.

El paso más importante de la educación de Spencer fué cuando á la edad de trece años le mandaron de la casa de su padre á la de su tío el Reverendo Thomas Spencer, de Hinton Charterhouse, cerca de Bath, un clérigo de la Iglesia episcopal inglesa, pero de un carácter excéntrico en su profesión. Era radical en un tiempo cuando la iglesia de que formaba parte, era sinónima de torismo puro, un entusiasta propagador de la abstinencia de bebidas alcohólicas, cuando el movimiento de las sociedades de templanza se consideraba por el partido religioso como una forma sutil de ateismo, era constitucional, y el primer clérigo que tomó una parte activa en la propaganda de la ley de cereales (anti-corn Law,) y un entusiasta lector y escritor en todos los asuntos que se referían á la reforma social, cuando ésta era considerada como infidelidad; en una palabra, Thomas Spencer era un clérigo que no pertenecía á los de su clase en aquel tiempo. Bajo su dirección empleó Spencer tres años de tranquilos pero no per-

didados años, y aquí tanto sus éxitos como sus defecciones en los varios estudios á que se dedicó,—tuvieron gran importancia. En los idiomas clásicos poco progreso hizo el jóven Spencer, y ni gusto ni capacidad manifestó en esta dirección, porque las reglas y vocabularios eran para él montañas inaccesibles, y lo poco que aprendía de memoria pronto lo olvidaba. En el estudio del francés obtuvo algún producto pero con muy pocos resultados, y siempre con la misma aversión á las caprichosas reglas del lenguaje. Mientras que para esa clase de estudios mostraba una incapacidad sorprendente, se desarrollaba en su inteligencia una aptitud poco común para otra clase de estudios: una facultad constructiva y de coordinación más bien que de memoria en asuntos que tienen escasa conexión. En matemáticas y en mecánica, pronto se colocó á la cabeza de sus compañeros de más edad, y lo primero que llamó la atención fué su predisposición para ocuparse de los principios esenciales, así como una tendencia creciente al análisis independiente y libertad de juicio; caracterizándose por su afición á revolver nuevos problemas de análisis, é inventar soluciones originales, diferentes de las obtenidas hasta su época. Durante su permanencia en Hinton tomó una determinación que en parte decidió de su vida futura. Su tío que era graduado también de Cambridge donde consiguió honores, deseaba que Spencer se preparara para ingresar en aquella Universidad.

A esta proposición Herbert se opuso rotundamente, y después de una gran discusión sostenida con su tenacidad habitual, determinó no aceptarla. Así toda idea de una carrera académica fué abandonada por completo, y en lugar de ir á Cambridge, volvió á casa de su padre donde empleó un año sin dedicarse á nada útil. Entonces fué cuando hizo su primer experimento en trabajos prácticos. Obedeciendo á los deseos de su padre, el que tenía una alta concepción de las funciones de maestro, se dedicó á la enseñanza colocándose de pasante en una escuela donde él había estado cuando niño. Tanto sus facultades intelectuales como morales, allí tuvieron ancho campo donde desarrollarse, y con una notable disposición combinada con su talento para despertar interés en el espíritu de los alumnos, consiguió notables progresos, que contrastaban con la pedagogía corriente en aquella fecha.

Apesar de la perspectiva de éxito, y sin preceder disgusto por la profesión que había elegido, no continuó en la enseñanza por que había llegado el momento de seguir en otra dirección. En el

otoño de 1837, el ingeniero en jefe del «London and Birmingham Railway», le ofreció una colocación en el ferrocarril que entonces se estaba construyendo, y allí pasó un año en las labores propias de los trabajos de la línea. De este punto pasó diez y ocho meses en el «Birmingham and Gloucester Railway», donde el progreso en su profesión se notó por varios artículos publicados en el «Civil Engineer's Journal,» y por la invención de un pequeño instrumento llamado velocímetro, con objeto de medir la velocidad de las locomotoras.

En esta época parece como si ya Spencer hubiera encontrado su situación definitiva, y como si el gran enigma que se presenta enfrente de la juventud, hubiera recibido para él contestación satisfactoria. Durante ocho ó diez años continuó con ligeras intermitencias en los trabajos de ingeniero, períodos de actividad que alternaban con otros de cesantía; pero después de varias épocas de depresión comercial, la manía de las construcciones de ferrocarril se paralizó de repente, dejando á Herbert así como á tantos otros jóvenes con las manos en los bolsillos. La crisis fué una de las más graves porque ha pasado Inglaterra, y los que se habían dedicado á estos trabajos en las épocas de movimiento, se encontraban con que se habían dedicado á una profesión que ofrecía poco porvenir. Así á la edad de 26 años Spencer se encontró poco menos que al principio, sin saber cual sería su posición definitiva en la vida.

Pero no habían pasado estos años en balde, porque en los intervalos de descanso había tenido oportunidad para dedicarse á estudios de miscelánea científica, y la ciencia en sus varios aspectos ocupó su atención, especialmente en el estudio de las obras de Geología que Sir Charles Lyell había publicado en aquella época. Y aquí es necesario hacer notar que tal vez en la lectura de estos volúmenes, fué donde con toda probabilidad se encontró frente á frente con la doctrina del desarrollo gradual y arborescente de las especies, la cual en aquellos días pre-Darwinianos fluctuaba en los espíritus de un modo vago con el nombre de Hipótesis del desenvolvimiento.

Es cosa sabida que Lyell, con una honradez y valor bastante aún entre los hombres de ciencia, se rindió después de algunos años á los argumentos de los evolucionistas ó como él decía algunas veces que «declaró su retractación» después de haber combatido la doctrina de Lamarck acerca del desenvolvimiento progresivo

innato, así es que en las últimas ediciones de sus obras incluyó el concepto de la selección natural. Pero en los volúmenes que leyó Spencer, Lyell hacía causa común con los partidarios de la perpetuidad de las especies, y en contra del concepto metafísico de la modificación de las especies que defendían Lamarck y sus discípulos; y por lo tanto, Spencer, el primer conocimiento que tuvo de la teoría del desenvolvimiento, fué en forma de una hipótesis que debía analizarse y rechazarla. Este no es el único caso en que una nueva doctrina se ha establecido á costa de una gran cantidad de argumentos adversos, ó dicho en otras palabras; no es el primer caso en que se ha conseguido un neófito, merced á los ataques del enemigo.

Examinando con atención los trabajos de Lyell, Spencer obtuvo una opinión clara en favor de las doctrinas de Lamarck, y poco tiempo después llegó á ser un decidido partidario de la idea general del desenvolvimiento orgánico. Sin duda la prontitud con que aceptó una opinión que era considerada tan extravagante (opinión que por lo demás como ahora sabemos, tenía por base fundamentos demasiado fantásticos y vagos para que fuera admitida en el juicio general de la ciencia) fué debido en gran parte á la condición bien preparada de su entendimiento, porque estaba acostumbrado á considerar las relaciones de los fenómenos, como ilustraciones del proceso de la dependencia natural de las causas; y la teoría del desarrollo de las especies se le presentaba en un sentido tan favorable, porque le ayudaba materialmente en sus propósitos de agrupar todos los fenómenos dentro de los límites de la acción de una ley uniforme é invariable. No es necesario recordar que la fuerza de cualquier argumento depende mucho de la condición en que se encuentre el pensamiento de quien le escucha, y por lo tanto; no es tan extraño como á primera vista aparece él que Spencer hubiera sido dominado rápidamente por una serie de razonamientos y de ilustraciones, que no producían efecto sobre la gran mayoría de sus contemporáneos.

Durante este período había conseguido más que aceptar la doctrina, porque á fuerza de reflexión y estudio, había atesorado una porción de materiales que le habían de servir mucho en lo futuro. El ya había dirigido su primer mensaje al mundo sabio, porque en el verano de 1842—ó sea poco después de haber cumplido 22 años de edad—empezó á publicar en un periódico titulado el «Nonconformist» una serie de cartas acerca de La Verdade-

ra Esfera de acción del Gobierno» (The Proper Sphere of Government). Después de corregido y revisado este trabajo, apareció en forma de folleto durante el año siguiente. No es pertinente en esta biografía penetrar en el análisis de este pequeño libro, pero se pueden hacer una ó dos observaciones sin salirnos de los límites que nos hemos propuesto. En primer lugar el folleto nos enseña que Spencer desde un principio se ocupaba de asuntos de una gran importancia práctica, tomado el inmenso trabajo de su vida desde un punto de vista que se relacionaba con los más altos intereses de la humanidad, y solo volvió atrás á considerar los problemas de la ciencia, cuando se convenció que de una correcta interpretación de ellos dependen los problemas sociales y morales de la raza.

Es bueno tener esto presente, porque en virtud de haber cumplido solo parcialmente el programa que se había propuesto más tarde, perderíamos de lo contrario el hilo de la dirección real de su intento. Además es preciso observar el punto de partida en que se colocó al considerar la sociedad y sus complejas relaciones, porque como abandonó la antigua concepción del carácter artificial del organismo social, dejó campo abierto para reconocer la libre operación del proceso de correlación entre las causas naturales. Como Spencer escribió unos años más tarde. «En estas cartas se encontrará en medio de algunas ideas expresadas con crudeza, la misma creencia en la conformidad de los fenómenos sociales á invariables leyes; la misma creencia en el progreso humano debido á las mismas leyes; la misma creencia en la modificación moral de los hombres producida por la disciplina social» conceptos que estendió hasta su desenvolvimiento completo en sus obras mejor pensadas. Y por último, como un punto de la mayor importancia (porque probablemente pocos habrán leído aquel pequeño trabajo) es menester citar que en él la idea principal es reforzada de un modo preciso, con un tema que más tarde se ha hecho familiar á todo el mundo por lo que se relaciona con las cuestiones sociales que se han presentado desde aquella fecha. Porque con su enérgica expresión de «una creencia en la forma como tienden las coordinaciones sociales por sí mismas á adoptar una condición de equilibrio estable» este pequeño libro contiene igualmente una «protesta enérgica contra la ingerencia del Estado en varios departamentos de la vida social», é insiste vigorosamente en la necesidad de limitar la acción del

Estado en el mantenimiento de las relaciones de equidad entre los ciudadanos.

Pero toda esta filosofía, cualquiera que hubiera sido su influencia en contribuir hacia la solución de los problemas que afectaban á la sociedad, le sirvió de muy poco para ayudarle á él en el desconocido problema de su porvenir individual. Había dejado la enseñanza para dedicarse á los trabajos de ingeniero, y esta profesión le abandonó á su vez, así es que su horoscopo se le presentaba bastante incierto. Su excursión por el campo literario le proporcionó algunos recursos, y vió en esto una posibilidad de pensar en la pluma como medio de vida. Con estas miras se trasladó á Londres—el lugar de reunión de las almas,—y aquí consiguió una posición en «The Economist», de cuyo periódico fué sub-editor en 1845, y aunque este cargo no le dió muchos rendimientos morales ni materiales, tuvo para él la doble ventaja de ser la base de una pequeña renta (suficiente para su modesta vida de soltero) y de permitirle tiempo sobrado para continuar sus estudios. El destino que ocupó hasta 1852 fué el medio que tuvo para acercarse en Londres donde desde entonces fijó su residencia habitual.

Describiremos en breves palabras la carrera de Spencer después de su establecimiento en la metrópoli. Durante este tiempo y en los dos años siguientes escribió su primer trabajo importante de «Estática Social.» Este volúmen contenía un estudio nuevo y originalísimo de los problemas sociales, fué sorprendente en muchas de las ideas; y era sumamente radical en su tono y tendencias. No es extraño por lo tanto que produjera no pequeña sensación en el mundo científico, aunque por lo demás nunca apelase á obtener un gran número de lectores. Lo que por de pronto obtuvo personalmente fué darse á conocer en el público sábio y adquirir la amistad de un círculo selecto de pensadores avanzados, que no tardaron mucho en reconocer en él una energía y independencia de juicio extraordinarias. Su antigua é íntima amistad con el Profesor Huxley procede de esta fecha, y fué entonces también cuando entabló relaciones estrechas con los Brays, los Hennells of Coventry, con el versatil George Henry Lawes reputado entonces como el hombre más feo y mejor orador de Londres; y con la extraordinaria mujer que se hallaba encargada en aquella fecha de la Westminster Review, y que sorprendió luego á sus contemporáneos como autor de «Scenes of Clerical Life» y

de «Adan Bade.» Aún más que esto «Social Statics» dió á conocer á Spencer como uno de los hombres de más potencia intelectual revelando su disposición con más evidencia que lo pudieran haber hecho sus estudios siguientes. Poco después de esta aparición, entabló relaciones con la Westminster Review, revista que se había fundado hacía poco tiempo con el objeto de promulgar las ideas más avanzadas que entonces salían á luz tratando las cuestiones de más alta importancia, política, científica y religiosa, y cuyo empresario era un publicista de carácter algo raro llamado Johon Chapman. En las páginas de esta revista fué donde empezó á publicar aquellos notables ensayos, que aún interesantes como son hoy quizá como auxiliares de su gran obra, y que trazaron entonces las líneas en que más tarde se había de desenvolver; fueron más interesantes porque inclinaron el pensamiento hácia una nueva filosofía. Aquí solo citamos estos ensayos desde el punto de vista externo—como sucesos en la vida del hombre—para indicar que desde aquella fecha ya le permitieron sus recursos abandonar la rutina del periodista en cuya profesión había empleado su tiempo en The Economist, y dedicar toda su energía y aplicación á la gran obra que se había propuesto.

Durante unos ocho años y con un intervalo de diez y ocho meses de persistente enfermedad, continuó siendo frecuente redactor de las revistas científicas, como materia de estudios, los artículos que escribió (algunos de los cuales ocupan un lugar permanente en sus tres volúmenes de Ensayos) se refieren á asuntos de más variado aspecto, las cuestiones de población y educación, las curiosidades de las costumbres y las modas, las teorías de la música y del gobierno respresentativo, la moral del comercio y las homologías del esqueleto de los vertebrados, adornando todos estos asuntos con otras materias al parecer con poca relación entre sí, pero que en su inteligencia las desenvolvía en una forma sorprendente. Apesar de que estas materias son de un carácter tan heterogéneo, todas se hallan en conexión con la hipótesis del desenvolvimiento ó evolución que informa y unifica todas ellas. Nada es menos pertinente que las observaciones del conceptuoso Emerson el cual criticando estos trabajos individualmente, los suma como las efemeras producciones de un periodista enciclopédico.

Estos trabajos, con el tratado de Psicología publicado en 1855 y que después incorporó á otro libro más extenso tratando del mis-

mo asunto, le entretuvieron hasta 1860. Pero mientras tanto se verificó un cambio en su vida que tomó el carácter de desastroso para lo sucesivo. El exceso de trabajo perturbó de tal modo su sistema nervioso, que durante año y medio se vió obligado á dejar la pluma por completo, y aunque el prolongado descanso restableció algún tanto sus fuerzas, nunca fué por completo. En períodos frecuentes ha tenido que suspender el trabajo, y los insomnios y la dispepsia han sido los enemigos que han minado su vida. Su constante insistencia acerca de la moderación en el trabajo, y su propaganda elocuente de atender á la salud se corrobora aún más cuando recordamos que su amarga experiencia de treinta y cinco años de constante actividad resulta el tema principal de su sermón.

El año de 1860 señala la gran crisis de la vida de Spencer porque entonces apareció la publicación del programa de su sistema de filosofía. En frente de esta nueva y colosal empresa en la que todavía hoy se halla ocupado, los estudios anteriores solo tienen las proporciones de un simple experimento y preparación. La ocasión se presentaba para su término, la delineación de su completo sistema de Filosofía Sintética apareció al público, y Spencer dió mano á la obra que según él significaba la producción de diez gruesos volúmenes que no tendrían mucha salida á la venta, y que le ocuparían veinte años de trabajo continuo y asiduo.

Maravillosa como es, esta empresa resulta más sorprendente cuando examinamos las condiciones en que se concibió y se puso en ejecución. En primer lugar los recursos de Spencer en aquella fecha eran poco satisfactorios y los pocos con que contaba los había gastado en su mayor parte en los estudios á que se había dedicado, sin que á su vez le proporcionaran recompensa digna de mención. Sus artículos le habían producido algo pero como los estudios requerían muchos esfuerzos de inteligencia y trabajo, los ingresos no correspondían. En esta época había heredado una pequeña propiedad de su tío el clérigo, mas casi todo su valor le empleó en la publicación de dos volúmenes los que puestos á la venta apenas si cubrieron los gastos; en tanto que en los diez y ocho meses de enfermedad le consumieron la escasa fortuna de que disponía, pudiéndose añadir á esta desgracia que apenas si la enfermedad le dejaba trabajar tres horas diarias. Para mayores dificultades, la empresa que había intentado era demasiado bas-

ta para proponerla como negocio, puesto que los trabajos eran de tal naturaleza que pocos se ocupaban de su lectura, mientras que sus simpatizadores desconfiaban que pudiera darlos término durante su vida hábida cuenta de su enfermedad. Tal combinación de obstáculos hubieran arredrado á otra persona menos resuelta que Spencer, más pensaba que él tenía que predicar un evangelio el cual si era indiferente por el pronto al mundo sábio, más tarde habían de escucharle. Una cosa le animaba más que su confianza en completar su obra y esta era su firme creencia en el triunfo último de aquellos grandes principios que él había tenido el privilegio de enunciar.

Desde entonces poco hay digno de ser notado en su biografía, sino el progreso gradual de sus estudios. Otras dificultades se le presentaron y particularmente viendo que sus producciones encontraban poca demanda en el público, llegó hasta suspender por completo sus estudios. Otras interrupciones provenían de que tenía que dejar á un lado el trabajo para ocuparse de materias que solo tenían una relación indirecta con la idea fundamental; tales como las respuestas á las críticas, la corrección de las proposiciones que le atribuían (y en esta ímproba actividad ha empleado una gran parte del tiempo); el examen de la preparación y arreglo del basto almacén de hechos y datos incluidos en «La Sociología Descriptiva», y la redacción de la bellísima introducción que acompaña á tal estudio. Por lo tanto, calculando á razón de tres horas diarias de regular trabajo, el éxito prueba que Mr. Spencer se ha excedido de los límites que se había impuesto. Durante muchos períodos en que se le recrudecía la enfermedad, ha tenido épocas de absoluto reposo, en tanto que se han pasado meses sin poner mano á la obra más que para escribir uno ó dos párrafos diarios. En presencia de estos hechos, lo admirable es que en los treinta años que han transcurrido desde que inició el programa la mayor parte del esquema se ha traducido en hechos, y las cinco mil páginas bien nutridas de que se compone su «Filosofía Sintética», sería una obra colosal para un hombre en completa salud y en el pleno goce de sus poderes intelectuales. Si esta monumental empresa no se concluye por fin, será por imposibilidad física. Mr. Spencer alcanza ahora setenta y dos años de edad y por lo que manifiesta en su prefacio á «Los Fundamentos de la Moral» (Data of Ethics), y en su última producción «Justice» se vé como aprovecha la oportunidad que se le presenta. Para un hom-

bre de su indomable carácter y perseverancia, mucho se puede esperar de él aún, pero si en sus últimos días se vé forzado á abandonar toda esperanza de completar su obra; siquiera ha de tener la satisfacción de saber que en todo el mundo civilizado tanto amigos como adversarios saludarán en cada nuevo capítulo que salga de su pluma una importante y permanente contribución al pensamiento de la época actual.



ERNESTO RENAN

POR

JULIO SIMON.

Ernesto Renan ha muerto el domingo dos de Octubre, en las habitaciones que ocupaba en el Colegio de Francia. El día veintiseis del próximo mes de Febrero habría cumplido setenta años. Su salud se había quebrantado mucho este último año, pero sus poderosas facultades han permanecido intactas hasta la última hora. Aseguran que el sábado por la mañana dictaba á su hijo una página sobre los *Faraones*.

Había dicho que no temía la muerte, con tal que ésta realizara su obra de un sólo golpe, que no quería morir por partes. Temía para él y para su memoria los desfallecimientos de los últimos momentos; y se ha visto libre de ellos. Renan ha muerto el dos de Octubre como fué toda su vida: sufría el cuerpo, pero alentaba el espíritu, y hasta ha logrado acabar esa *Historia de los Orígenes del Cristianismo*, que será la grande obra de su vida. Está impreso el cuarto volúmen, las pruebas del cual ha corregido; por consiguiente el libro puede aparecer mañana. El volúmen quinto con que termina la obra está también impreso; pero Renan que era muy exigente consigo mismo y que corregía las pruebas con escrupulosa atención, no había acabado aún de revisarlas. Esto es todo lo que la muerte le ha adelantado. Había llevado las pruebas á la Bretaña y estaba completamente entregado al trabajo, cuando una repentina complicación de la enfermedad obligó á la familia á trasladarlo á París. Hace de esto ocho días. Y ha muerto. Las letras francesas no podían experimentar una pérdida mayor.

Ernesto Renan había nacido en Tréguier el 26 de Febrero de

1823, en una casa que ha sido propia hasta ahora, y que alquilaba á pobres incapaces de abonar su importe. Era su padre capitán de buques de cabotage; y nadie sabe cómo murió, pues encontraron un día el cadáver en una playa desierta. Renan tenía un hermano, Alain, y una hermana, Enriqueta; y ambos han muerto. Sobre su hermana ha escrito una noticia que es una obra maestra incomparable, de la cual no se han impreso más que cien ejemplares; pero creo y espero que ahora ha de publicarse. La familia de su jefe conoció durante algún tiempo la miseria. Un pariente que era sacerdote y profesor en un colegio, concibió el proyecto de economizar sus escasas rentas para costear los estudios á Ernesto, y dedicarlo al sacerdocio, proyecto que se realizó cumplidamente en los primeros años. Aventajaba el niño á todos sus rivales, y se hacía querer de sus maestros por su piedad y afectuoso carácter. Llegaron á tal punto sus éxitos que M. Dupanloup, que no era todavía más que director del pequeño seminario de San Nicolás del Chardonnet, lo hizo venir á París. Renan estuvo tres años bajo la dirección de Dupanloup, cursó más tarde un año de filosofía en Issy, é ingresó en San Sulpicio para estudiar teología. Comenzó al mismo tiempo el estudio del hebreo, é hizo progresos tan rápidos que al año suplía en la cátedra á su profesor, Sr. Hinin.

El abate Renan no tenía más que veintitres años y solamente había recibido la tonsura. Se acercaba el momento de la promesa irrevocable. Hablando más tarde de la determinación que debió tomar, decía Renan: «las razones que me detuvieron fueron solamente filológicas.»

Llevaba en sí el corazón de un cristiano y el espíritu de un filósofo. Era el cristiano tierno, delicado, escrupuloso, inclinado hacia las ideas místicas; y el filósofo era perspicaz, lógico, animoso, y estaba ayudado por una ciencia ya muy extensa, y que aumentó toda su vida. Trabajaba sin descanso, y su trabajo producía mucho porque tenía el don maravilloso y peligroso de adivinar y adelantar. Los últimos años de su estancia en San Sulpicio fueron crueles; veía que el catolicismo se le escapaba, y lo sentía amargamente. Puede decirse que toda su vida ha marchado hácia el progreso lamentando el pasado. Esos temores eran para él penas, pero no trabas; pues poseía en el grado más alto el valor del espíritu, que es el más raro de todos.

Independientemente de los grandes temores que debieron do-

minarlo en el momento de renunciar á la carrera eclesiástica y á la fe católica, experimentaba ciertos escrúpulos que prueban la delicadeza de su conciencia. Había ahorrado su tío durante muchos años el pago de sus misas para hacerlo sacerdote; y se preguntaba si no faltaba á su bienhechor renunciando al sacerdocio. Vino candorosamente á consultarme dicho escrúpulo, y fué esa consulta el principio de nuestra amistad no desmentida en medio siglo.

Al salir de San Sulpicio se encontró literalmente sin recursos; no tenía siquiera una levita para reemplazar la sotana; y aún cuando la hubiera tenido le parecía y hubiera parecido á todo el mundo que llevaba un disfraz. Tenía que satisfacer además dos necesidades igualmente urgentes: comer y trabajar.

Ganó primeramente la subsistencia en el duro oficio de pasante; después Haureau, director de la Biblioteca Nacional, logró proporcionarle á duras penas en ese gran centro de la erudición, un módico empleo detrás de un mundo de ignorantes. Para concluir en alguna manera con el aspecto material, que no es más que un mediano accesorio en su vida, pues la historia de Renan es la historia del trabajo de Renan, diré que alcanzó en tres años el bachillerato, la licencia, la agregación en Filosofía y recibió dos premios de la Academia de inscripciones, que lo encargó de una comisión científica en Italia; que fué miembro de aquella Academia á los 33 años; que fué nombrado el año 1862 Profesor de hebreo en el Colegio de Francia, que era el colmo de sus ambiciones y que fué destituido el mismo año, después de la lección inaugural, por haber dicho que Jesucristo era un hombre excelente. Llenaba á Jesucristo de flores; decía que era el primero de los hombres, pero que no era nada más que un hombre. Los católicos reclamaron y hablaron tanto, que el Ministro se vió obligado á ceder. Fuí yo quien lo restablecí en la cátedra en Septiembre de 1870, sin que él lo hubiera solicitado y más tarde sucedió á Laboulaye en las funciones de Administrador del Colegio. Fué, por último, electo miembro de la Academia Francesa, en la que reemplazó á Claudio Bernard el año 1878. Esta es, en breves palabras, toda su carrera; y no habré omitido nada si menciono dos candidaturas, una para la Cámara de Diputados y otra para el Senado. Le habría gustado la política, pues tenía unos hermosos lentes para ver claro en ese caos; pero no estaba á punto. No es bueno siempre en política ver antes que los demás.

Tres acontecimientos tuvieron grandísima influencia en su vida material y también en su vida intelectual. Al salir de San Sulpicio y cuando solamente ganaba el sustento como pasante en una casa de pupilos de la calle Saint-Jacques, trabó una amistad indisoluble con Berthelot, camarada entonces de miseria, y más tarde compañero suyo de gloria. En 1850 su hermana Enriqueta, que se había educado en Polonia, vino á París á establecerse á su lado; y así tuvo por primera vez un hogar.

Gozó de la intimidad y de los consejos de esa mujer ejemplar que lo impulsó á acometer su grande obra. Vino después su matrimonio con la hija de Enrique Scheffer, el pintor de Carlota Corday, y sobrina de Ary Scheffer, el pintor de Mignon. Es sabido que en su viaje á Judea y Fenicia, al cual debemos la *Vida de Jesús*, le acompañaron su mujer y su hermana. Eduardo Lockroy, el futuro ministro, les seguí también como dibujante.

Recordando toda esa vida, ha dicho Renan de sí mismo que no debía á Dios más que acciones de gracia: no contaba para nada los años dolorosos de su juventud, que estoy seguro que había soportado con resignación y hasta con alegría. Atorméntanse otros con aquello que les falta: Renan pasaba la vida congratulándose por lo que tenía, viendo siempre para sí y para los demás el lado bueno de las cosas. Cierto es, con todo, que si consideramos ahora su carrera intelectual, la veremos marchar de triunfo en triunfo.

* * *

¿Debo en este trabajo intentar un juicio? No hay lugar ahora más que para la pena y para las alabanzas. La historia juzgará al erudito, al filósofo, al escritor y al hombre.

No tengo competencia para juzgar al erudito; y sé que su ciencia se ha puesto á veces en duda. El mundo de la erudición que debía ser tan pacífico, es el mundo de la contradicción por excelencia. Todo erudito es un ignorante para sus colegas; pero cuando se juzgan todos esos ignorantes, con ojos menos prevenidos, tienen ciencia de sobra. Hay dos clases de eruditos: los que tienen ingenio y los que no lo tienen.

Los segundos son los más desdeñosos: raras veces yerran, pero casi nunca hacen descubrimientos. Los primeros se engañan á menudo; pero tienen gran abundancia de descubrimientos y resurrecciones de hombres y de épocas. Ocupa Renan el primer lu-

gar entre estos últimos, y concedo de buen grado á los eruditos impotentes que su ciencia no era infalible.

En filosofía era de los que colocan la filosofía en todo y sobre todo y se jactan de no saber lo que es cuando se pretende aislarla y formar un cuerpo de doctrina aparte. La filosofía es un modo filosófico de dirigir y juzgar todas las ciencias. Hase dicho que Renan no se dignaba afirmar ni negar nada, y que su excepticismo era mucho más peligroso porque sabía hacerlo amable. Renan era efectivamente excéptico, si consiste el serlo en considerar las teorías metafísicas como hipótesis divertidas y curiosas. Conocía profundamente esas teorías y las juzgaba con imparcialidad rayana en el desdén. Lo que llaman los creyentes ausencia de la fé, lo llamaba él ausencia de preocupaciones, y consideraba muy fuertes porque eran muy libres, las intetigencias que realizaban la enumeración de todas las ideas y no se sujetaban á ninguna. Verdad es que revestía el árido y desecante escepticismo de todas las apariencias de la vida.

Tomad como ejemplo la *Vida de Jesús*. La negación que, sin embargo, es formal, está rodeada de todo el aparato de la fe y de sus sonatas más alegres y triunfantes; y no se creía tan peligroso en sus trabajos, pues decía: «La Iglesia no sabe el servicio que le presto». Las flores ocultaban á su vista el féretro. Conozco un amigo suyo de seminario, hoy arzobispo y á quien envié su libro con afectuosa dedicatoria.

Jamás elogiaremos bastante el escritor, pues Renan es uno de los maestros de la lengua francesa. Desde sus primeros escritos reveló que poseía el mayor carácter de la lengua y del genio nacional, que es la claridad. Es la frase clara, sonora, armoniosa, correcta; se desarrolla con orden la idea, y sirve la imaginación para adornar y explicar el razonamiento, sin usurpar jamás el primer lugar. Se emancipó poco á poco, á medida que el maestro conocía su fuerza y disponía libremente de su inteligencia primero y luego del ánimo de los lectores. Conoció el arte encantador de mezclar la gracia á la fuerza; y al hablar ó escribir, sabía sonreír y hasta reír, don más precioso é inesperado en un filósofo.

Decían todos: «es un hombre hechicero; y era más que esto: era un hombre.»

Lo probó cuando tomó la trágica resolución de dejar á San Sulpicio y cuando provocó su destitución al inaugurar sus clases en el colegio de Francia. Los espíritus superficiales se dejaban en-

gañar por las caricias de su estilo. Comprendía á fondo á los que combatía, y le era facil glorificarlos después que los había vencido, porque obedecía al amor de la verdad, y no al odio. Abandonó la fe por aquello que llamaba razones filológicas: si hubiera podido resistir á su razón, habría permanecido fiel á sus primeras creencias, á sus amigos, á su patria Bretona y á su propia dicha. Era él quien primero lo reconocía así, y lo decía muy sencilla y sinceramente, lo cual formaba uno de sus encantos. Los pesares que expresa revelan que la ruptura fué dolorosa y no disminuyen la fortaleza.

Poco á poco se elevó á una serenidad más alta. Subsistieron las penas, pero sin amarguras. La posesión plena de lo que consideraba como la verdad le proporcionó el goce supremo de la inteligencia.

Si me encargaran de decir, lo que lamentaba más en el catolicismo, diré que la moral. ¿Había buscado en otra parte que en la fe, una regla para la libertad? No lo puedo decir aunque lo quisiera, porque no lo sé, pero en el fondo no lo creo. No había encontrado y aceptado reglas sino para el pensamiento. Vivía, por lo demás, en su pasado, en sus tradiciones, con los consejos de sus buenos viejos ignorantes de Tréguier, de su madre y de su hermana. Seguía en la vida una moral distinta de la de sus libros; ó más bien había, evitado llegar en sus libros á una conclusión moral. Nadie podrá ver en la *Abadesa de Jouarre* más que una fantasía. El mismo ha dicho que su vida estaba gobernada por una fe que ya no tenía. Refiere en el prólogo de los *Recuerdos de Infancia y Juventud* la leyenda de la ciudad de Is, sepultada pero viva bajo las olas del mar. «Los dias de calma se oye subir del abismo el tañido de las campanas modulando el himno del dia. A veces me parece que tengo en el fondo del corazón una ciudad de Is, que deja oír las campanas que persisten todavía en convocar para los oficios religiosos á fieles que ya no oyen.» (1)

(1) Traducido de *L' Illustration Francaise*.—G. A.

NECROLOGIA.

I.

MODESTO DIAZ. (1)

Este general dominicano se adhirió al movimiento de su país que produjo la anexión á España.

Aquel movimiento fué honrado y espontáneo. La República Dominicana arrastraba una vida lánguida y trabajosa, tanto por la anarquía que allí se había entronizado, cuanto por la amenaza constante de ser destrozada por sus vecinos los haitianos. La anexión se hizo una necesidad, y aquel pueblo sediento de paz, que no conocía ya de España sino sus recuerdos heróicos, su discantada hidalgía, la leyenda, en fin, de sus progenitores, se echó en sus brazos con verdadero amor, con inquebrantable fé, como que iba á afianzar los intereses de la raza, de la religión y del idioma!.....

Pronto consumáronse los hechos: se arrió el pabellón dominicano y sobre los mástiles, y almerías se alzó orgulloso el estandarte de la antigua dominación que extendía sus pliegues sobre la segunda de las Antillas, á manera de *reivindicación*. Pronto también se vió que Santo Domingo no se había anexado á España, sino al sistema colonial de España. Tomada posesión de la

(1) Apuntes para el *Diccionario de la Revolución Cubana*, de Figarola y Caneda.

Isla por el Ejército y Marina, cayó sobre la tierra un enjambre de empleados y «curiales», *cultivados* en Cuba, que como era natural en un pueblo, á pesar de sus luchas, azás sencillo y morigerado, habría de producir hondos disgustos.

Por todas partes, en los lugares públicos, en los bailes y diversiones privadas, tenían por derecho propio obligado acceso los *reivindicadores*, que arrastrando el sable, y desdeñándolo todo, se pavoneaban á guisa de *Pizarros* y *Cortesés*.

Imprudentemente se importaron allí las *instituciones* militares eclesiásticas, civiles y seculares que entonces nos regían en Cuba; y el resultado no se hizo esperar: estalló la rebelión y á la postre, después de ingentes sacrificios, las fuerzas españolas evacuaron el territorio y resurgió la República de Santo Domingo, sobreviviendo á su propio conato de matarse.

El General D. Modesto Diaz formaba entre los militares de aquella ínsula, que pasaron al escalafón del ejército español, y luego, con otros, á la escala de reserva en Cuba, en donde le sorprendió el grito insurreccional de Yara.

A diferencia de Valera, Heredia y otros dominicanos, D. Modesto, el de mayor categoría de ellos—Mariscal de Campo—renunció á su puesto y se fué á prestar servicios en las filas casi inermes del héroe de la *Demajagua*, Carlos Manuel de Céspedes, dando por lo pronto una muestra de desinterés que abona la sinceridad de su conducta.

Desde luego sus servicios fueron aceptados con fruición, como los de Máximo Gómez y los Marcano, sus conterráneos, que habían aspirado el humo de la pólvora en su país natal, circunstancia que les hacía doblemente útiles entre sublevados bisoños.

En los albores del movimiento, presto hubieran los españoles ocupado á Bayamo, reconquistándolo, si no fuera que en Babatubá se apostó D. Modesto—hombre hercúleo, de alta talla y aunque de edad proveya, ágil y vivaz como un doncel—y con nueve hombres que incesantemente cargaban las únicas carabinas (Minié) de que disponían, para que él sucesivamente las disparará sobre la columna agresora de Campillo, logró rechazarla obligándola á contramarchar con alguna precipitación, aunque sin poder perseguirla por falta de armamento y municiones.

Desempeñó varias veces mandos de importancia, escaramuzándose con el enemigo, que era todo lo que sus recursos bélicos consentían, mientras se hacía práctico ó *baqueano* del territorio,

para lo cual poseía el don extraordinario de no equivocarse jamás.

Se distinguió en la prolongada refriega de Laguna Grande, en que se puso á prueba la constancia de su tropa, y luego en el asalto y toma del fuerte de Chapala, acción en que empujó á sus soldados hasta ocupar exteriormente las aspilleras del reducto, que cayó en su poder con el Comandante Sagol, que lo defendió bizarramente.

La toma de Chapala fué un suceso trascendental. El Conde de Valmaseda había *pacificado* á Oriente: lo había así proclamado, y el hecho es que las fuerzas cubanas diezmadas por diferentes causas, tuvieron que evacuar sus respectivas zonas, al paso que el Conde, en líneas paralelas, avanzaba hácia las Tunas desquiciándolo todo con arrasante energía. Chapala quedaba atrás, pacificado, y á su alrededor se levantaba un caserío, albergue de *presentados* que, dando por terminada la guerra, roturaban el suelo y preparaban el campo para sus cosechas. Estaban allí aquellos vecinos como un testimonio irrecusable de la pacificación, de la misma manera que al amparo de otros campamentos atrincheros en las demás jurisdicciones, existían las mismas apariencias y se acariciaba un porvenir fructuoso.

El General Díaz, empero, á la par de Máximo Gómez, que por otro lado marchó hacia Jiguaní, se escurrió por un flanco del Conde, protegido por la obscuridad, cayendo á marchas forzadas, como queda dicho, sobre Chapala y haciendo renacer desde el momento la Revolución en Bayamo.

La acción combinada de ambos Jefes obtuvo el éxito apetecido, la pacificación pasó al triste catálogo de los fracasos, y el nombre de Chapala adquirió bien merecida celebridad, sin que la ingratitude del tiempo, que enjendra olvidadizos, haya podido borrar el recuerdo del íntegro dominicano.

Las tropas del Gobierno contramarcharon en auxilio de sus campamentos á ver de reparar el daño; pero les resultó otro de mayor cuantía: el trastorno completo de sus planes, la pérdida de tiempo y la rehabilitación del espíritu público entre los cubanos, que cobrando alientos, llegaron á tomar la iniciativa, organizándose cada territorio civil y militarmente.

Modesto Díaz sentó sus reales en la Sierra Maestra: descendía para hacer irrupciones y apresar convoyes y además custodiaba al Poder. Ejecutivo con toda su impedimenta, de tal manera y con tal teson, que el enemigo hubo de apellidarle *El Jabalí de la Sierra*.

Constantemente prestaba sus servicios en la forma que el Gobierno Cubano se los exigiese, sin murmurar jamás, apesar de que no todas las veces quedase satisfecho de las órdenes que recibía. Nunca quiso dar ejemplo de desobediencia; y cuando por las circunstancias se retiraba á su *ranchito* á descansar del mando, que allí resultó siempre angustioso, como un haz de responsabilidades llevado sin descanso sobre los hombros, era de vérselo cultivando personalmente la tierra, sobre todo, manejando el hacha y el machete del trabajo con el afán y la destreza de un recio labrador.

Ese espíritu de obediencia que en él se destacaba, fué sin duda el que le dictó las célebres palabras con que respondiera á su querido compañero el General Vicente García, que le invitaba á secundarle en sus proyectos políticos que dieron origen al llamado «Movimiento de las Lagunas de Varona.»

—Compañero, le dijo, todos los pueblos tienen un pomo de veneno que, guardándole tapado, no hace daño. Cuba tiene el suyo y Vd. lo ha destapado.....¡Algún día le pesará!.....

Con tan honrada sencillez combatió aquella conspiración que sirvió de funesto antecedente, según el lo había profetizado y la historia se encargará de repetirlo.

Cuando sobrevino la paz del Zanjón, el General Modesto Diaz, sumiso á la voluntad de sus compañeros de armas, se retiró para su país natal, sin protestas, sin alardes ni arranques de Braggadocio y sin más recursos que su potente musculatura para trabajar la tierra, á la cual ha pagado, hace pocas semanas su último tributo.....

Justo es honrar su memoria.

II.

JOSE MIGUEL PARRAGA.

Este muy conocido y estimable doctor en medicina ha fallecido repentinamente el 20 de Septiembre en la ciudad de Brooklyn.

Cuando era estudiante estalló la Revolución de Yara, y desde la Habana salió para el extranjero, alistándose en una expedición que le llevó á los campos de la lucha.

Ingresó en la Sanidad Militar del Ejército Cubano y demostró asiduidad, valor y un exquisito tacto en su delicado ministerio.

En la acción conocida por «El Combate de los Asturianos,» á las órdenes de Julio Sanguily, se distinguió por una serenidad notable en medio del mayor peligro.

Más tarde, en una acción que hubo en Najasa, recibió una herida.

Prisionero poco antes del Zanjón, y merced á la política de la época, se le expidió por el Gobierno pasaporte para la Península; y matriculado en Barcelona, obtuvo allí el título académico que llevó con decoro y mucho acierto durante el ejercicio de su carrera.

Bien podemos lamentarnos de haber perdido un joven de mérito por todos conceptos.

ROMÁN MORA.



II

JOSE MIGUEL PAJASAGA.

Este noble y esforzado guerrillero y patriota nació en la ciudad de Bayamo, cuando era estudiante en la Universidad de San Juan de los Rios, en la Habana, en el mes de Agosto de 1808. En 1810 se alistó en el ejército de la independencia y se distinguió por su valor y serenidad en la batalla de San Juan de los Rios, en la que murió el 10 de Agosto de 1811. Sus restos fueron trasladados a la ciudad de Bayamo, donde se encuentran en un monumento que le fue erigido en 1898.

CRONICA POLITICA.

Es indudable que si un extranjero desconocedor de nuestros asuntos hubiese visitado la Habana en el mes que finaliza, se habría formado la idea de que este era un pueblo contento de su suerte, unánimemente resuelto á celebrar con pompa y aparato manifestaciones entusiastas en honor de Cristóbal Colón. Durante todo este mes, en efecto, no se ha hablado, entre nosotros de otra cosa que del gran descubridor y de su empresa memorable. Quien quiera que hubiese recorrido las columnas de los periódicos de partido, y no supiese leer entre líneas, ó solo se fijase en la superficie, por decirlo así, de sus declaraciones, hubiera podido imaginarse que todos los habitantes de Cuba estábamos unidos fraternalmente en el propósito de conmemorar de la misma manera y con idéntico calor el Cuarto Centenario del descubrimiento de América, suspendiendo las luchas políticas, aplazando toda oposición de ideas y de tendencias, y relegando al rincón del olvido cuanto nos divide y cuanto nos separa. No se hablaba en un principio más que de la procesión cívico-histórica iniciada por el Casino Español, y que debiendo verificarse en un día determinado, sufrió varios aplazamientos, por razones de índole diversas. Cada aplazamiento produjo viva polémica, no tanto entre los moradores de esta capital como entre los millares de forasteros venidos en excursión para presenciar las grandes fiestas anunciadas.

Más al fin se verificó la procesión del Casino; y en seguida, sin dar descanso al espíritu, los periódicos se consagraron á anunciar los preparativos de otra manifestación, titulada de los «Obreros Cubanos,» también en honor de Colón.—Todo, pues, parecía júbilo en

la Habana. Y en apariencias, cualquier impresionable habría podido figurarse, como al comenzar decíamos, de que este era el pueblo más feliz de la tierra, por lo menos en estos días; dado que en él habían cesado las intrigas, las combinaciones y las contiendas de la política.

Quien tal se imaginara, habría caído, sin embargo, en profundo error. Porque lo más característico en las fiestas que aquí se han celebrado en honor de Colón, ha sido el hecho de que, ni aún para acto de esa significación, los actuales habitantes de Cuba hemos logrado inspirarnos en la misma idea y en el propio pensamiento. Ni siquiera al examinar la grandiosa figura de Colón hemos podido ponernos de acuerdo respecto á lo que en ella debía provocar nuestra admiración. Y puede decirse que de tal suerte han sido encontrados los móviles que á unos y otros impulsaban, que en realidad de verdad el pueblo de Cuba se ha separado en sus dos campos tradicionales al llevar á cabo los festejos colombinos. Los peninsulares han tenido su manifestación: la procesión del Casino; y los cubanos han hecho sus celebraciones, tanto con el espectáculo preparado por «los obreros» como con las veladas que han tenido lugar en diferentes asociaciones, y en las que oradores elocuentes, brillo y honor de nuestra tribuna, han llevado su flor olorosa y amarga á la corona con que el mundo culto, reparando las injusticias de sus contemporáneos, nimba la frente inmortal del gran genovés. Si: esa es la característica de las fiestas habaneras. Lo mismo al prepararlas que al realizarlas, nos hemos separado. España á un lado, con sus hombres de armas, sus pasiegos, sus aldeanos, sus torres, sus leones, sus alguaciles, sus curas, y sus reyes legendarios. Y del otro, Cuba, ostentando la riqueza de sus productos, su vigor industrial, la fecundidad de su suelo, la cultura de sus hijos, y al propio tiempo, —¡ay me!—el descontento, la amargura, la vergüenza que mina nuestros corazones cuando vemos que, á pesar de tales dotes, somos todavía un pueblo sometido, cuya voz se desoye, cuyos intereses se atropellan, cuyas aspiraciones se desconocen y cuyos sentimientos se insultan.

A nadie debe sorprender que la política no haya podido deterrarse de esos actos. Es un dislate creer que las palpitaciones de una sociedad, cualquiera que sea su índole, se sustrae á la influencia de las leyes, de la administración, ni de los gobiernos que tenga. Tan pronto como el ciudadano abandona su lugar doméstico,

la política se apodera de sus movimientos y de sus ideas, quiéralo ó no: los agentes de policía que encuentra á su paso, el estado de las calles que recorre, el modo de ser de sus convecinos, sus relaciones con ellos, el tono que imprime á su lenguaje, el giro que llevan sus pensamientos, todo eso le recuerda el régimen político á cuya sombra vive. Y si esto sucede al individuo, en la realización de actos que todavía revisten aspecto particularísimo, bien puede imaginarse que para aquellos que necesitan de la asociación de voluntades y de algún esfuerzo colectivo, la ingerencia de la política se impone de manera avasalladora. Los festejos del Centenario no podían sustraerse á esa ley general. No era posible que en este pedazo de tierra nos encontrásemos reunidos europeos y americanos, sin que involuntariamente resaltase la diferencia de nuestra actual situación y la diversidad de nuestras aspiraciones. El hecho que se trataba de conmemorar era, por otra parte, el que más se prestaba á recordar los orígenes de nuestros disentimientos. Colón descubrió la América con la ayuda de una Reina de España. A la corona de Castilla pasó buena parte de los países descubiertos; y entre ellos la Isla de Cuba. En las cuatro centurias transcurridas ¿qué ha sido de este pueblo?... Esa ha sido la interrogación que hemos tenido que formular... Los peninsulares, que aquí han crecido moral y materialmente, comparando su suerte presente con la que sobrellevaban en sus provincias, tenían que declarar que todo había ido lo mejor posible; en tanto que los hijos del país, que solo podemos tomar como punto de comparación lo que pasa en los pueblos que nos redean, no podíamos ménos de estimar que nuestro destino no era el de que debíamos disfrutar. De ese modo, la eterna cuestión que nos divide se planteaba con inflexible lógica: desde que Colón descubrió estas tierras, las descubrió para que en ella vinieran dominadores y nacieran dominados. Al conmemorar la fecha del descubrimiento teníamos, pues, que ir á ellas con distintos sentimientos los que pertenecemos al uno ú otro bando.—Y así como debía ser, así ha sucedido.

A los elementos peninsulares no les ha complacido mucho ese resultado; y por medios indirectos, pero ostensibles, han manifestado algún descontento de que no se haya unido todo nuestro pueblo á los que primero iniciaron las fiestas en honor de Colón; es decir, al Casino y á los elementos oficiales que le secundaban. Pero ¿á quien corresponde la responsabilidad de esta situación, sino á los que se empeñan en mantener entre nosotros un régimen

que no podemos amar, y que nos aleja con repugnancia de todo lo que á él toca, de todo lo que le sirve de apoyo, de todo lo que le ayuda á prolongarse! Todas las naciones colonizadoras del mundo se empeñan en hacer de sus colonos nuevos nacionales. Inglaterra y Francia procuran crear ingleses y franceses, inspirando á sus colonias ideas y hábitos como los que reinan en la Metrópoli; dotándoles de instituciones semejantes á los que existen en aquella. España se aparta de esa política, y por eso obtiene resultados diferentes. Niégase á reconocer á los colonos los derechos de que disfrutaban los demás españoles. Si allá hay régimen representativo en todos los grados en que existe un Poder ejecutivo, á Cuba y Puerto Rico les niega el beneficio de esa representación al lado de sus Gobernadores generales. Si allá existe el sufragio universal, aquí se mantiene el régimen del censo. Si allá se gobierna el país por sí mismo; aquí el país resulta gobernado por los extraños. España no ha querido que sintiésemos orgullo, sino vergüenza, en llamarnos españoles, y así ha creado la desafección que late en nuestros pechos, y que nos impide asociarnos á los regocijos que puedan legítimamente experimentar los españoles de Europa.

Y no se diga que somos tan solos los levantiscos cubanos los que pensamos de ese modo. En todas las colonias españolas el descontento es general. Los filipinos no tienen nada que ver con Colón y sus empresas. No obstante, como son también colonos españoles, podemos relacionar sus sentimientos con los nuestros, señalando la coincidencia de que en estos últimos días el correo de Madrid nos ha traído noticia de los trabajos separatistas descubiertos en Manila, y cuya dirección se atribuye á un médico filipino, libre pensador y enemigo de la dominación de los frailes. Discutiendo hace algunos años con el Padre Fita, un jóven orador filipino le decía en el Congreso de Geografía: «Yo soy discípulo del Padre Fita y de otros distinguidos sacerdotes. Me enseñaron el catecismo; pero en tagalo. He tenido que salir de Filipinas para aprender el castellano. Mis maestros quisieron hacer de mí un católico y no un español. Mi lenguaje demostrará que en parte han fracasado, pues hoy se me persigue á la vez como mason y como enemigo del Gobierno en Filipinas.»—Como ese filipino hablan todos los que saben hablar y sienten todos los que no hablan el castellano.

En cuanto á los puerto-riqueños, ellos han sido explícitos en sus manifestaciones. El periódico *La Democracia*, de Ponce, apro-

pósito del Centenario, escribía estos párrafos elocuentísimos: «Ya está próxima la fecha gloriosísima. El 12 de Octubre, Génova y Madrid, Washington y Valparaiso; todos los países que de algún modo coadyuvaron al descubrimiento de América, se desbordarán en manifestaciones de júbilo.....Desde el cabo de Hornos al estrecho de Bering todas las ciudades americanas entonarán un himno de gratitud al navegante ilustre que, guiado por su intuición y por su genio, dió cima á la epopeya más prodigiosa que registran los anales de la humanidad.—Puerto-Rico es un pueblo americano; y en Puerto-Rico no se siente el hurra de las alegrías patrióticas. Antes bien, una tristeza profunda nos invade y un desencanto lúgubre nos desconcierta.—En este rincón no habrá estandartes, ni cabalgatas, ni disparos, ni efervescencias. El centenario pasará en silencio, como debe pasar en un país cuyos hijos lloran su eterna desventura.—Sin el descubrimiento no soportaríamos la dominación despótica de un grupo que, en nombre de España, nos quita hasta el derecho de respirar libremente en el solar nativo.—Sin el descubrimiento nosotros, hijos y nietos de españoles, habríamos nacido en Castilla ó en Granada, en Lérida ó en Burgos, y seríamos ciudadanos libres, en la plenitud de nuestra soberanía.—Sin el descubrimiento no existiría en Borinquen una especie de esclavitud blanca, más infame, por lo hipócrita, que la esclavitud negra, redimida por los hombres insignes de la revolución. Sin el descubrimiento no pasaríamos por el dolor y la vergüenza de ver á cada instante funcionarios ineptos, trasplantados á esta zona y protegidos por el favor que les permite vivir sobre nosotros y á costa de nosotros.—Sin el descubrimiento no tendríamos que bajar la cerviz, como seres inferiores, al recibir el insulto que la patria nos infiere sosteniendo el sufragio en Europa y negándolo á sus territorios de América.—Puerto-Rico no puede entonar sus himnos melancólicos, ni bailar á los acordes de su danza gemidora: Puerto-Rico, el 12 de Octubre, recordará con amargura infinita sus infortunios y sus tribulaciones.—Celebren Washington y Valparaiso, Génova y Madrid, la fecha gloriosísima. Enciendan sus luminarias, empavecen sus barcos, vuelquen el ánfora de sus vinos espumantes y atruenen la atmósfera con sus hurras estentóreos.—Puerto-Rico, la humilde desterrada del banquete, se encerrará en sí misma, y, al oír los rumores del festivo inmenso, dirigirá los ojos á su madre, meditará en las injusticias de su destino y seguirá soñando reivindicaciones que tal

vez no uendrán nunca; acariciando esperanzas que barrerá el tiempo y forjando fantasías que destruirá la mano fría de la realidad implacable.»

Ante manifestaciones de ese género, no cabe atribuirnos á los cubanos tan solos la nota amarga. Ella es el fruto natural, espontáneo y lógico del régimen colonial que impera en la Metrópoli. Sus efectos son análogos en América y en Oceanía; porque donde quiera que existe el sentimiento del decoro, tiene que inspirar idéntica repulsión.—La gloria de Colón es grande. La España antigua á ella se asoció indudablemente, como lo decía nuestro respetable y sabio compatriota D. José Silverio Jorrín, en el trabajo magistral que leyó en la sesión solemne que la «Sociedad Económica de Amigos del País», consagró á conmemorar el Centenario. Pero ¡ah! la España de nuestros días ha marchitado los laureles de los descubridores. Se puede admirar el arrojo y la fe de los Pinzones; pero ¿cómo amar la tiranía de Tacón?.... ¿cómo resignarse á la humillación que envuelve el bochornoso tutelaje en que se mantiene á generaciones que merecen ser libres, porque son laboriosas y cultas?.....

La celebración del Centenario, en definitiva, ha venido á evidenciar que las colonias españolas están disgustadas y muy lejos de apreciar la política que con ellas se observa. Si hubiera habido perspicacia entre los estadistas metropolitanos, habrían evitado semejante conmemoración; pues era fácil colegir que la explosión del sentimiento público no podía ser favorable á un sistema que todo condena. En realidad de verdad, las fiestas debieron celebrarse solo en la Metrópoli, que es la que hasta ahora ha recogido los frutos de la colonización. Pretender que nos alborozáramos los oprimidos, era suponernos más desmoralizados de lo que lo estamos.—Y aquí viene bien un recuerdo histórico.—Durante el reinado del Emperador Napoleón III, se quiso conmemorar en los Liceos de Francia el «Dos de Diciembre», fecha del golpe de Estado. Para ello, á los alumnos de la clase de retórica se les exigió una composición, cuyo tema había de ser el panegírico del régimen. En uno de los Liceos imperiales, se educaba el hijo de un republicano proscrito por el golpe de Estado, y en cuya memoria el *Dos de Diciembre* se presentaba tan solo como una fecha de ignominia y de sangre. Al desarrollar el tema, mojó la pluma en hiel; y en versos sonoros, inspirados, vengadores, enumeró todos los atentados del Imperio, concluyendo su composición de esta manera: «Está

bien que los favorecidos de régimen semejante lo enzalsen; pero cuando queráis que reluzcan sus bellezas, no las hagais cantar por los hijos de los proscriptos.»—Así nosotros con el Centenario: que canten otros, y no los postergados y los ofendidos, las bienandanzas que nos trajo el descubrimiento.

JUAN GUALBERTO GOMEZ.

Octubre 28 de 1892.

P. D.—Anoche pronunció el Sr. D. Manuel Sanguily su anunciada conferencia sobre Colón. Todos los que la oyeron, están conformes en que ese trabajo de nuestro eminente compatriota es soberbio y que en él resplandecen en grado incomparable la elocuencia, el saber y el patriotismo. La REVISTA CUBANA no puede contentarse con consagrar á tan admirable esfuerzo intelectual unas cuantas líneas escritas de carrera y sin meditación.

En el próximo número la pluma del *cronista político* ó la de algún autorizado redactor, dedicará á la magnífica conferencia el tiempo y el espacio que su análisis requieren. Hoy solo venimos á unir nuestro aplauso á los ruidosos con que un público escogidísimo acogió la espléndida peroración del ilustre orador cubano.

J. G. G.

Octubre 31 de 1892.



En el primer artículo se establece que el Poder Judicial de la Federación es el encargado de administrar justicia en materia de lo contencioso electoral, de lo contencioso administrativo y de lo contencioso civil y criminal. En el segundo artículo se establece que el Poder Judicial de la Federación está integrado por el Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación, el Tribunal de lo Contencioso Administrativo y el Tribunal de lo Contencioso Civil y Criminal.

ARTÍCULO 101

El Poder Judicial de la Federación se integra por el Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación, el Tribunal de lo Contencioso Administrativo y el Tribunal de lo Contencioso Civil y Criminal.

El Poder Judicial de la Federación es el encargado de administrar justicia en materia de lo contencioso electoral, de lo contencioso administrativo y de lo contencioso civil y criminal. El Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación es el encargado de administrar justicia en materia de lo contencioso electoral. El Tribunal de lo Contencioso Administrativo es el encargado de administrar justicia en materia de lo contencioso administrativo. El Tribunal de lo Contencioso Civil y Criminal es el encargado de administrar justicia en materia de lo contencioso civil y criminal. El Poder Judicial de la Federación es el encargado de administrar justicia en materia de lo contencioso electoral, de lo contencioso administrativo y de lo contencioso civil y criminal. El Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación es el encargado de administrar justicia en materia de lo contencioso electoral. El Tribunal de lo Contencioso Administrativo es el encargado de administrar justicia en materia de lo contencioso administrativo. El Tribunal de lo Contencioso Civil y Criminal es el encargado de administrar justicia en materia de lo contencioso civil y criminal.

El Poder Judicial de la Federación se integra por el Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación, el Tribunal de lo Contencioso Administrativo y el Tribunal de lo Contencioso Civil y Criminal.

